

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff

Más que una condena

Trilogía Sin mentiras 2



DOLCE
BOOKS

Norah Carter
Patrick Norton
Monika Hoff



Más que una condena

Trilogía Sin mentiras 2)

DOLCE
BOOKS

Más que una condena.

Trilogía Sin mentiras 2

Norah Carter – Patrick Norton – Monika Hoff



Título: Más que una condena

© 2017 Norah Carter – Patrick Norton – Monika Hoff

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Mayo, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



CAPÍTULO 1

En ese momento sonó un mensaje a mi móvil, era de Andrea, me quedé muerta al leerlo.

“Estés donde estés y con quien estés, vente urgente a mi casa, no escuches a Eros, sé toda la verdad, no te fíes de él, te está preparando una trampa”.

Me entró un escalofrío de repente. Mis manos comenzaron a sudar. Mis piernas temblaban. Estaba sufriendo un ataque de ansiedad. Tenía que pararlo así que respiré profundamente y me olvidé por unos instantes de lo que me había escrito Andrea. Eros se tuvo que dar cuenta enseguida de que algo me había pasado y así fue, pues comenzó a preguntarme.

Yo no quería contestarle. Yo no quería darle ningún tipo de explicaciones. Aquel mensaje que me había enviado Andrea me ponía en una situación muy difícil. Tenía que salir de allí. Mi amiga era una persona en la que yo podía confiar. Aquel mensaje no era una casualidad. Si me lo había enviado, es que había una razón profunda para que yo me alejara de Eros cuanto antes. El muy cabrón iba a tenderme una trampa.

—¿Sucede algo, Ainara? – me preguntó abriendo los ojos con sorpresa.

—No, nada. Estoy muy emocionada con tu historia. Date cuenta que es mucha información. No me ha dado tiempo a asimilarla, Eros. Me he quedado de piedra – dije yo fingiendo.

Tenía que demostrarle que era una actriz estupenda. Solo me quedaba mentirle un rato más sin que supiera que yo había recibido un mensaje que citaba su nombre. Solo me quedaba mentirle un rato más

para encontrar la manera de salir de allí. La confusión, los nervios y la ansiedad me estaban jugando una mala pasada. Si no controlaba mis nervios, iba a tener una crisis de pánico y entonces estaría perdida.

Pero no sucedió así. Me concentré en hacer mi papel todo lo mejor posible. Era la Angelina Jolie de Cádiz.

No tenía otra misión en ese momento que salir de allí y con vida.

Sí yo estaba fingiendo y actuando, me imagino que él estaría haciendo lo mismo según se interpretaba del mensaje que había recibido de mi amiga Andrea. No me gustaba nada todo aquello. Y, sin embargo, hacía unos segundos que me había tragado toda su historia, incluso me estaba dando pena imaginármelo en la cárcel, solo, sin nadie, sin poder demostrar que era un hombre inocente. ¿Cómo podía ser yo una mujer tan tonta? No podía caer en su trampa. Yo ya sabía que el mundo está lleno de hombres desaprensivos y ahora tenía a uno delante de mí. Mi cabeza iba a estallar porque no dejaban de surgir toda clase de preguntas: ¿Por qué te has acostado con un tío así? ¿Cómo eres tan imbécil de no darte cuenta de que este hombre no te conviene? ¿Por qué sigues creyendo que, en este mundo, todavía hay príncipes azules?

—¿Te encuentras bien? – preguntó de nuevo.

—No, no me encuentro bien, Eros. Estoy recuperándome del shock. Lo que me has relatado es para perder la cabeza – volví a mentir esbozando una leve sonrisa.

—No te preocupes. Te acerco a casa y hablamos con más tranquilidad en otro

momento. Entiendo que te haya impactado todo lo que te he contado.

—No hace falta que me lleves a casa. No hace falta que me acompañes —dije yo con una voz suave para no levantar sospecha alguna.

Tenía que evitar subirme al coche con él. Tenía que evitarlo. Tenía que obedecer a aquel mensaje que había escrito mi amiga Andrea con un tono desesperado. Si Eros subía conmigo a un vehículo, yo pondría mi vida en peligro. Aquello se estaba complicando por momentos y yo no encontraba la manera de deshacerme de él. Eros seguía con su talante correcto y educado.

—No me supone ningún esfuerzo llevarte a casa — insistía el pesado.

—No, por favor. No quiero que te preocupes por mí. Necesito quedarme sola unos días y pensar en todo lo que me has contado. No sé si es demasiado pronto ir a vivir contigo — dije yo con cara de

cordero degollado.

Si no hubiese recibido aquel mensaje, no habría dudado en decirle que sí, pero aquellas palabras lo habían cambiado todo, absolutamente todo.

—No quiero verte así, Ainara. Quizá me he precipitado al pedirte que te vengas a vivir conmigo, pero te necesito a mi lado. No sabes por todo lo que he sufrido. Te veía receptiva y muy ilusionada.

Pensaba que ibas a decir que sí enseguida. Me he llevado un buen corte — dijo él poniendo la misma cara que yo, de cordero degollado.

—Tienes que esperar un poco — repuse yo poniendo morritos.

¿Qué habría pasado si Andrea no me llega a mandar el mensaje? Eros habría conseguido ganarme. Me habría conquistado del todo y yo me habría lanzado sobre él para hacerle el amor allí mismo, en público.

Pero ahora sentía miedo y recelo ante aquel hombre, que, por muy guapo que fuese, se había convertido en alguien al que temer. Se hizo un silencio entre nosotros. Yo miré el móvil para comprobar si mi amiga me había mandado otro mensaje. Él no me quitaba la vista de encima. Parecía estar estudiando

cada uno de mis movimientos. Aquello me ponía cada vez más nerviosa, pero yo tenía que disimular. Tenía que mantenerme en calma y comportarme como esa mujer de la que él se había encaprichado y con la que había tenido sexo del bueno a lo largo de estas últimas semanas.

¿Por qué quería tenderme una trampa? ¿Qué escondía aquel tipo?

—Te veo rara de repente – apuntó él en plan detective.

—No me pasa nada, ya te lo he dicho. No me des más la vara. Lo que ocurre es que yo tengo mi corazoncito y todo lo que me has dicho me afecta. Soy una mujer más sensible de lo que parece, aunque veas que a veces me comporto como una bruta – dije yo sonriendo, pero aquella sonrisa escondía nerviosismo y miedo, mucho miedo.

—Está bien. Si no quieres que te acompañe a casa, lo entiendo – dijo él ya resignado.

¡Aleluya!, pensé.

—Eros, será mejor que te marches. Hablaré contigo dentro de unos días. Quiero pensar bien todo lo

que me has dicho y quizá decida irme a vivir contigo – añadí yo con un tono serio, de mujer reflexiva, sin demasiada ilusión.

—Espero que mi pasado no cambie las cosas, Ainara. Me destrozarías, ¿sabes? – sus palabras sonaron certeras.

Aquel hombre me quería. Estaba dispuesto a vivir conmigo, pero, si hacía caso al mensaje de Andrea, aquella propuesta de irme a vivir con él podía ser una trampa. Tenía que hablar con mi amiga cuanto antes. Yo no me iba a encerrar en casa con todo ese mar de dudas que a mí sí que me estaba destrozando por dentro.

Se levantó de la silla y se acercó a mí. Me besó y yo le correspondí con el mismo beso. Pero no hubo pasión ni desenfreno como otras veces. Sus manos robustas acariciaron mi pelo y yo temblé, no porque me excitara, sino, porque,

por primera vez, sentí pavor hacia un hombre.

—Estamos en contacto, Eros.

—No me jodas la vida, Ainara. Te necesito y mucho – me suplicó mientras su figura se alejaba.

Antes de marcharse había dejado unas monedas sobre la mesa. Me había invitado. Era caballeroso hasta en el último detalle, pero no podía fiarme de él según el mensaje de Andrea.

Aquel encuentro tenía que haber acabado con un buen polvo y, sin embargo, ahora me quedaba sola con el corazón encogido, temiendo que yo hubiese metido la pata hasta el fondo al acostarme con aquel tipo.

Me quedé un rato pensando. Quería asegurarme de que se marchaba. Lo había perdido ya de vista y automáticamente llamé a Andrea. Su voz sonó nerviosa. Me cogió el teléfono enseguida. Yo respiraba ansiosa. El camarero se acercó y recogió las monedas, y me preguntó si quería tomar algo más. Yo le dije que no.

—¿Qué cojones pasa, Andrea? Estoy temblando –dije yo aliviada, pero descargando ira en mi forma de hablar.

—No la tomes conmigo. ¿Estás con él? – preguntó ella ansiosa.

—No, no estoy con Eros. Acaba de irse – dije con un tono seco y cortante.

—Sal de allí cuanto antes. Nos vemos en mi casa, ¿vale? – su voz susurraba como temiendo que alguna persona más, aparte de mí, la escuchara.

—Está bien, pero estoy cagada, Andrea. Espero que no se trate de una broma.

—Ainara, no es mi estilo. Vente para casa y asegúrate de que nadie te sigue – dijo ella con voz temblorosa.

—Me estás acojonando, tía. No tienes bastante con quitarme mi polvo con Eros que aún encima conviertes mi vida en una puta película de espías – dije yo entre irónica y enfadada.

—No me jodas, sal de allí, te he dicho, por favor. Algún día me agradecerás todo lo que estoy haciendo por ti.

Aquellas palabras sonaron serias y rotundas. Aquellas palabras me pusieron la piel de gallina y ahora sentía la necesidad urgente de saber la verdad. Yo no sé qué había descubierto Andrea que convertía precisamente mi relación con Eros en una relación peligrosa y llena de misterio.

Pedí un taxi. Mientras lo esperaba, miraba para todos lados para asegurarme de que nadie me seguía, tal y como me había dicho mi amiga. Cualquiera que me viera pensaría que estaba loca, pero me daba igual.

Según Andrea, mi vida corría un serio peligro.

A los diez minutos, llegó el taxi. Monté y respiré. El chófer pudo ver la preocupación en mi rostro.

—¿Le sucede algo, señorita? —preguntó el pobre asustado.

—Métete en tus asuntos — dije en plan borde antes de darle la dirección de la casa de mi amiga.

Aquel pobre taxista no tenía culpa de mi mal humor. Pero yo estaba demasiado nerviosa y había encontrado en el alguien con el que poder desahogarme. El chico me miró un poco dolido y estuvo callado durante todo el trayecto donde yo no paré de darle vueltas a la cabeza.

No me podía creer todo lo que me había sucedido en tan poco tiempo. Me entraban ganas de llorar por momentos, pero debía ser fuerte y asegurarme muy bien lo que estaba pasando en mi vida, en mi jodida vida.

Miraba continuamente hacia atrás para cerciorarme de que no nos seguía ningún coche. Parecía que todo estaba bien, pero claro tampoco yo era una experta en espionaje, salvo lo que había visto en algunas películas, donde había estado más pendiente de Dany Craig y Tom Cruise que de la trama y el argumento.

Joder, era una analfabeta hasta para ver películas.

El taxi se detuvo frente a la casa de mi amiga. Pagué y no dije adiós. Si hubiera podido escupirme aquel pobre taxista, lo habría hecho. Me lo merecía por el corte que le había dado nada más subir al vehículo.

Toqué el timbre del portero automático. Era un segundo piso. Andrea me abrió. Antes de meterme en el portal, volví a mirar atrás. No vi nada raro. Cuando me planté delante de la puerta de la casa de mi amiga, la flipada de la Andrea se me puso a hacer preguntas sobre mi vida personal para asegurarse de que era yo quien estaba en el descansillo.

—Andrea, ¿tú eres gilipollas? – le grité harta de responder a toda clase de preguntas.

—No sé qué me pasa. Estoy muy nerviosa – dijo ella con voz de niño que se ha perdido en una playa.

—Abre de una puta vez. ¡¡Abre!! – grité demostrando que estaba hasta los huevos de todo aquello.

Yo estaba alucinando con lo que me estaba pasando. Se hizo un silencio y, a los pocos segundos, me abrió la puerta.

—Pasa – dijo secamente.

—Claro que paso. No veas más películas que luego te afectan a la cabeza – dije yo con actitud de reproche.

—Joder, tía, ya te lo he dicho. Estoy muy nerviosa, ¿sabes?

—Una cosa es estar nerviosa y otra cosa es que te creas Castle o la jodida Agatha Christie – dije yo frunciendo las cejas.

—Vale, perdona. Es que no sé lo que hago.

Llegué al comedor y me senté en su raquítico sofá del IKEA.

—Tía, a ver si cambias los muebles de una vez. Esto parece del siglo pasado – dije yo intentando quitarle tensión al ambiente.

—Lo sé, pero es que no llego a fin de mes. Alguna vez lo haré — dijo ella apenada, sentándose a mi lado.

—¿Qué demonios pasa? — pregunté yo con ansiedad.

—Es todo muy fuerte, Ainara. Muy fuerte. He temido por tu vida. Solo te pido que no te desmayes cuando te lo cuente todo de lo que me he enterado — dijo ella haciéndose la interesante.

—No me jodas. Tan fuerte es lo que me tienes que contar.

—Cuando yo me enteré, casi me da algo. Por eso, te escribí enseguida.

—Estaba con Eros y no ha sido fácil deshacerme de él. Casi me pilla leyendo tu jodido mensaje.

Menos mal que no ha sospechado nada, bueno, al menos eso creo. Aunque se ha ido un poco mosqueado.

—¿Por qué? — preguntó ella cogiéndome de la mano.

—Ahora te contaré, Andrea. Dime lo que sabes, por favor.

Todo aquello sonaba a dramón. El hecho de que mi amiga me cogiera las manos para escucharme y para luego contarme todo lo que sabía me sobrecogió. Me daba la impresión de que había más teatro que otra cosa. Aunque, si he de ser sincera, aquella actitud me decía también que algo insólito había pasado porque no era normal que ella se comportara así. No le pegaba nada aquella actitud protectora hacia mí.

—Cuenta, Andrea. Me tienes en ascuas. ¿Qué sucede con Eros?

—¿Qué hacías con él? — preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—Tenía que confesarme algo. Algo muy fuerte, Andrea. Es un preso de tercer grado. Lo condenaron a siete años por llevar un alijo desde Marruecos. Pero él era inocente. Se lo colocaron y no pudo demostrar su inocencia. Me entran ganas de llorar con solo imaginarme todo lo que ha sufrido a lo

largo de los años. Para volverse loco – dije yo apenada, con la cabeza agachada, poniéndole todo el dramatismo que podía a aquella situación.

—No me jodas, Ainara. ¿Te lo has creído? – preguntó ella con cara de pocos amigos.

—Porque iba a mentirme. Me conmovió todo lo que me contó. Sabes que no es la primera vez que este tipo de cosas ocurren. Hay mucha gente inocente en todas las cárceles del mundo. Eros es, además, un hombre educado y correcto, y con dinero suficiente para mantenerse – dije yo con emoción.

Mi amiga se calló durante un rato. Seguía mirándome a los ojos, convencida de que yo había caído en una trampa. Se estaba haciendo tarde. Las farolas se encendieron en las calles y la oscuridad de la noche lo inundó todo.

Andrea respiró hondo, intentando buscar la manera de decirme las cosas sin que yo me sintiera dolida, sin que me afectara la información que iba a salir por su boca. Yo me temía lo peor. No sabía cómo iba a reaccionar yo ante lo que me tenía que decir.

—Te ha contado solo una parte de la verdad, Ainara.

—¿Qué me quieres decir? – pregunté yo temblando de miedo.

—Es cierto todo lo que te ha contado sobre la droga. Pero él ... — de repente se calló.

—No me jodas, Andrea. No te calles ahora.

—Me da miedo tu reacción.

—Pues que no te dé miedo. Si sigues poniéndole tanto misterio a las cosas, me va a dar un infarto,

¿me oyes?

—Está bien, Ainara. Tú lo has querido. Eros lo preparó todo. Bajó hasta Marruecos con la intención de traerse aquel alijo. Es un criminal, Ainara – sentenció ella al final de su intervención.

Lo que me había dicho mi amiga es que él lo había preparado todo. Él era el cerebro de una operación que atentaba contra la salud pública. Eros era un jodido traficante. Lo peor es que yo me había acostado con un gánster y eso no lo podía borrar nadie de mi currículum ni de mi cabeza.

Tenía que vivir con eso. A lo largo de mi vida, había tenido relaciones con toda clase de hombres y no sé cuál había sido más penosa. Ahora que levantaba cabeza y estaba verdaderamente ilusionada con un hombre que me hacía vibrar en la cama, resulta que era un capo de la droga, un mafioso que estaba dispuesto a hacer conmigo lo que le diera la gana.

Me asusté. Andrea tenía razón. Estaba al borde del infarto. La miró y volví a bajar la mirada. Las lágrimas aún no habían comenzado a resbalar por mis mejillas. Comencé a temblar. El miedo, el nerviosismo y la ansiedad volvían a formar parte de mí. Andrea me abrazó y entonces rompí a llorar como si fuese una niña pequeña.

—Me estás diciendo que he estado acostándome con Al Capone – sollocé mientras abrazaba con fuerza a mi amiga.

—Algo así. Ainara, no era mi intención preocuparte. No era mi intención asustarte, pero ese hombre es un hombre muy peligroso que tiene contactos con la peor gente. Debe salir de tu vida. Ese hombre debe salir de tu vida, ¿me oyes?

—Sí, te escucho. Pero... ¿Cómo he podido ser tan tonta? ¿Cómo me han podido engañar de esa manera? Estaba feliz con él, Andrea.

—Tú lo has dicho. Estabas feliz, porque, a partir de ahora, debes olvidarlo. Pero hay algo más – dijo ella de repente.

—Joder, no puede ser. Pero, ¿con quién he estado acostándome? Suéltalo ya.

—Dejó a su mujer en Sevilla. Abandonó a su esposa.

Lo que me faltaba. Eros tenía mujer. El muy cabrón me había mentado. Se había aprovechado de mí. Me había ocultado todo eso con el fin de acostarse conmigo, de echarme un polvo tras otro. Yo era una cualquiera. Me sentía

como una puta. Seguro que yo era una más de todo un harén, menudo hijo de puta estaba hecho el tal Eros.

Pero... ¿Cómo iba a olvidarlo? ¿Cómo se puede olvidar un cuerpo así? ¿Cómo se puede seguir adelante sin unos polvos como aquellos? Estaba encelada. Lo quería. Su forma de amar era lo más parecido a una adicción.

—Tranquilízate. ¿Has vuelto a quedar con él? —preguntó mi amiga con voz suave.

—He quedado en llamarle. Porque...

—¿Por qué “qué”? ¿Qué me ocultas, Ainara?

Mi amiga se puso muy nerviosa al escuchar mis últimas palabras. Se temía lo peor. Yo me separé de ella y la miré a los ojos. Ella volvió a cogerme las manos para darme confianza y entonces se lo dije. Le dije que Eros me había pedido que me fuera a vivir con él.

—No. No puedes ir a vivir con un criminal. No, no puedes. Líbrate de él cuanto antes. No lo llames.

Bórralo de tus contactos. Haz todo lo posible para que no te localice – dijo ella desesperada.

—Joder, tía. ¿Cómo me he podido complicar la vida de esta manera?

—No lo sé, Ainara. Me tienes aquí para ayudarte. Puedes quedarte a vivir aquí conmigo el tiempo que sea necesario.

—¿Cómo te has enterado de todo esto? – pregunté yo con lágrimas en mis ojos.

—Me he enterado por unos amigos de mi hermano. Investigué por mi cuenta cuando vi la foto que me enseñaste. No me podía quedar cruzada de brazos.

—Gracias, eres una buena amiga.

Volví a mirar a Andrea y la abracé con la intención de no separarme de ella. Necesitaba sentirme segura, protegida.

Aquella chica era todo lo que tenía.

CAPÍTULO 2

¿Qué podía esperar yo ahora de la vida? La persona que había formado parte de toda mi ilusión estas últimas semanas resultaba que era un impostor, un traidor, un traficante. Sin darme cuenta, había puesto mi vida en peligro cada vez que había estado con ese hombre. Me había seducido y ahora me sentía sucia, muy sucia, por haber dejado que sus manos y su lengua me rozasen, por haber pensado con el corazón en vez de haber pensado con la cabeza.

Ya tenía una edad para darme cuenta de que no todo en la vida es de color de rosa. Siempre había presumido de no creer en cuentos de hadas y lo que había hecho era precisamente eso. Quería creer que yo tenía mi príncipe azul. Que era posible tener un hombre maravilloso a mi lado.

Y Eros lo era, pero era todo mentira, pura ficción. Eros no era un hombre maravilloso, sino todo lo contrario. Eros era una persona capaz de violar la ley con tal de enriquecerse. ¿De qué otras cosas habría sido capaz de hacer para lograr sus fines?

Sobre los traficantes se oyen toda clase de historias terribles. Yo me había acostado con un hombre que no tenía escrúpulos, que podía haberme hecho daño en cualquier momento. Me podía haber asesinado y haberme tirado en la cuneta de una carretera o haberme enterrado en un pozo con cal viva.

De repente, en mi cabeza, empezaron a surgir toda clase de fantasías, de terribles fantasías. La vida, por desgracia, está llena de historias dramáticas donde gente como Eros asesina por el miserable dinero.

—Necesito un médico, Andrea. Me encuentro muy mal – dije yo muy agobiada.

Me faltaba el aire. Mi corazón latía a mil por hora. Se me iba a salir por la boca, maldita sea. Nunca me había encontrado tan mal.

—Mira que te lo he dicho. ¡No me hagas esto, Ainara! No me jodas con este numerito. Te voy a ayudar. No estás sola, joder –me intentaba consolar mi amiga como mejor podía.

—Dame una bolsa, por Dios.

Andrea se dirigió hacia la cocina y me trajo una bolsa de plástico. Me la puse en la boca y empecé a respirar hondo. Necesitaba hiperventilar y lo conseguí. Logré calmarme.

Ella no dejaba de darme besos en la cabeza y en las mejillas. Me sentí más aliviada, pero al final vomité.

Vomitó dentro de la bolsa y empecé a toser con fuerza, convulsionando incluso, como si estuviera poseída por el mismísimo diablo. Y es que eso es lo que había pasado. Había tenido al diablo dentro de mi cuerpo. Aquel pene por el que suspiraba había estado dentro de mí. Me había inoculado su veneno y, por esa razón, me sentía más sucia que nunca.

Me dirigí corriendo a la ducha. Estuve más de media hora debajo del agua, enjabonando cada centímetro de piel de mi cuerpo. Andrea estaba asustada y no paraba de preguntarme si me encontraba bien, si hacía falta que telefonara al 112. Yo la tranquilizaba y decía que lo único que necesitaba era una buena ducha de agua caliente para que mi nerviosismo desapareciera.

Andrea, mientras tanto, me preparó algo para cenar, pero yo tenía el estómago completamente cerrado.

No me apetecía tomar nada. Solo tenía ganas de morirme allí mismo.

Cuando salí de la ducha, me sentí mejor. Pero esa sensación solo me duró unos segundos. Me vi desnuda delante del espejo y de nuevo esa suciedad estaba sobre mi piel. Comencé a llorar. Intenté que Andrea no me escuchara. No quería preocuparla en exceso. Bastante había tenido ya con consolarme y con acogerme en casa.

Ahora yo tenía que empezar desde cero y evitar que Eros volviese a estar conmigo. No tenía claro cómo iba a hacerlo. No sabía si aquel mafioso me iba a dejar como si tal cosa. Tenía miedo, es cierto. Me puse un albornoz y salí al comedor. Andrea me esperaba con una pizza en la mesa. Yo le dije que no me apetecía nada cenar. Ella se quedó un tanto decepcionada y aquella sonrisa que iluminaba su rostro se borró de repente.

Eros había sido un mentiroso. Tenía una mujer en Sevilla. Yo no había sido más que un objeto sexual, una distracción con la que satisfacer todos sus deseos sexuales. Eso no se lo perdonaría, pero tampoco me lo perdonaría a mí misma.

Para olvidar el asunto por un rato, Andrea estuvo hasta las dos de la madrugada recordándome algunas locuras que habíamos cometido las dos juntas años atrás, en el instituto y cuando salíamos de fiesta los fines de semana.

Me encantaba hablar con ella, reír con ella. Fui una estúpida al enfadarme con Andrea tiempo atrás por una simple tontería. Menos mal que habíamos hecho las paces. Ahora su casa era el refugio que yo

necesitaba para distanciarme de Eros.

Confiaba en que él no me llamaría. Yo ya sabía que no iba a irme a vivir con él. No iba a llamarle para decírselo así que primero que hice fue bloquear a Eros en todas las redes sociales. Borré su número de teléfono de mi agenda. Quería alejarme de todo lo que significaba su mundo de extorsión y de chantaje.

Me costó mucho coger el sueño aquella noche. Andrea durmió junto a mí. Éramos dos hermanas y yo sentí cierta paz interior al saber que ella estaba a mi lado. Sí, como le he dicho antes, tenía que empezar desde cero.

Por la mañana, me levanté tarde. No tenía que ir a trabajar. Andrea me había preparado un desayuno inglés.

—Hija, ni que me fuera a la vendimia. Yo no puedo con todo esto – dije yo asustada.

—Necesitas recuperar energías. Necesitas salir de ese agujero en el que te has metido, así que esta noche nos iremos de marcha las dos juntas como en los viejos tiempos, ¿me oyes?

—Está bien. Como tú digas. Tú eres la que mandas. ¿Sabes una cosa? Me apetece mucho hacerlo.

Tengo ganas de salir y demostrarme a mí misma que no tengo miedo – dije yo muy animada.

—Me alegra oírte decir eso. No sabes lo que te quiero, Ainara. Eres de las mejores cosas que me han pasado en la vida – dijo ella dándome abrazos y besos.

—Necesito respirar, Andrea. ¿Crees que Eros me llamará? ¿Crees que me perseguirá? –pregunté con temor.

—No lo creo. Ese tío solo quería utilizarte. Sé que te va a doler escuchar esto, pero yo creo que ese mafioso está con una cada día – dijo ella convencida.

—Y, en cambio, parecía que era cierto lo que me había contado, Andrea.

—Juegan a eso. Juegan a embaucar y a engañar. Se aprovechan de gente inocente como tú.

—Tienes razón. He sido demasiado ingenua. No me esperaba que esto fuese a acabar así. Algo tan bonito no podía ser verdad. Estas cosas solo pasan en las películas – dije yo afligida.

—No seas estúpida. Hay hombres maravillosos que nos están esperando ahí afuera. Verás cómo todo esto sale bien. Verás cómo encuentras a alguien del que te enamorarás para siempre– dijo Andrea haciendo de consejera matrimonial.

—No lo niego. Pero no me enamoraré, me conformaré. No volveré a tener una polla como esa entre mis manos – dije yo, intentando quitarle yerro al asunto.

—¿Tan grande la tenía? –preguntó Andrea con tono infantil.

—No seas metomentodo. Era una broma. Espero no tener problemas de ahora en adelante y que ese tío se olvide de mí.

—Ainara, la policía está encima de él. No se atreverá a tocarte. Ya lo verás – dijo ella con confianza.

—¿Sabes que entró la policía a su casa mientras estábamos follando? – me

aventuré yo a decir.

Necesitaba sacarlo todo, librarme de aquella pesadilla y lo iba a hacer a través de aquellas palabras.

Andrea era una persona que sabía escuchar.

—No me lo puedo creer — dijo ella alterada.

—Sí, como lo oyes. Me llevé un susto de muerte. Un policía me ordenó que saliera de allí.

—¿Qué excusas te puso?

—Me dijo, Andrea, que la policía se había confundido y, aunque yo me quedé un poco mosqueada, me lo tragué. Estaba ciega — dije yo con un nudo en la garganta.

—Ahora no te vengas abajo. Y esta noche música y gin—tonics para estos cuerpos. Verás cómo encontramos a alguna pareja de tíos buenorros.

—Sí, hija, tú sigue soñando. A lo mejor algún día acabas despertándote — añadí yo mirándola con sorna.

—Ainara, gracias, muchas gracias por hundirme — repuso sonriendo.

Pasamos el día encerradas en casa. No nos apetecía salir hasta la noche. Yo estaba en albornoz y, después de desayunar, nos tiramos las dos al sofá de Ikea. Allí estuvimos viendo toda clase de chorradas en la tele. Luego, después de comernos la pizza fría que la noche anterior yo no había querido meterme en el estómago, nos pusimos a ver películas románticas.

Nos dio por llorar como si fuésemos auténtica tontainas. Nos gustaba ponernos en la piel de los personajes, sobre todo de los personajes femeninos. Yo no sé qué tenían aquellas películas, pero al final acabábamos sintiendo lo mismo que la protagonista. Nuestras vidas no se parecerían jamás a la de Julia Roberts o a la de Meg Ryan, pero por lo menos nos hacían soñar, nos hacían olvidarnos de nuestras miserables vidas.

Cuando dieron las ocho, nos arreglamos. No pusimos muy guapas. Andrea me dejó un vestido que se había puesto para una boda de una prima. Me sentaba genial. Nos pusimos a hacernos selfis cuando ya estábamos listas y empezamos a poner morritos, lanzando miradas seductoras al objetivo de la cámara.

Volvíamos a ser esa pareja explosiva de años atrás que donde iban la armaban.

Monté en el coche de Andrea. Pisó el acelerador y nos fuimos a una discoteca que acababan de abrir a las afueras y de la que todo el mundo hablaba. Además, no paraban de anunciarla en la radio. Se llamaba Discópolis. Llegamos en unos veinte minutos. Como estaba en un polígono industrial, no tuvimos problemas para aparcar. Aquello estaba lleno hasta la bandera. Hacía tiempo que no había visto tanta gente reunida en un mismo sitio. Cuando bajamos del coche, los tíos no paraban de silbarnos y de decirnos burradas. Andrea les sacaba el dedo. Yo pasaba olímpicamente de aquellas tonterías.

Al ver lo guapas que íbamos, el portero nos dejó entrar enseguida. La música resonaba por todo el lugar, llegaba hasta el parking donde grupos de adolescentes bailaban y bebían sin descanso. Andrea y yo habíamos sido de esas pandillas que, al no tener dinero, se montaban la fiesta en el aparcamiento.

Había mucha gente guapa allí dentro. Lo percibí enseguida. Nos acercamos a la barra. Andrea estaba muy ilusionada al tenerme allí, a su lado. Yo sentía que volvía a ser la chica de antes. Si bien no estaba orgullosa de la vida que había llevado tiempo atrás, eso era preferible a salir con un mafioso. Todavía me temblaban las piernas al pensar en lo que había hecho. Sin embargo, tenía que seguir adelante y aquella historia que había tenido con ellos no podía hundirme en la miseria. Estuvimos hablando un rato y comentando lo que nos parecía el local. Se notaba que se había invertido mucho dinero en aquella discoteca. Las luces, el sonido y la decoración eran fascinantes. Parecía una nave espacial. Mientras acabamos nuestra segundo gin—tonic, apareció un chico que claramente quería ligar con nosotras. No

estaba mal. Sus ojos oscuros y una melena que le llegaba hasta los hombros me atrajeron enseguida.

—Hola, ¿cómo vais? – preguntó el tipo moviendo las caderas.

—Vete de aquí. Hoy no necesitamos compañía –dijo Andrea tratándolo con desprecio.

—Tía, tampoco te pases. El chico quiere ser amable – intervine yo intentando que no se fuera.

—No, si yo solo quería invitaros a una copa – dijo él emocionado.

—Bueno, pero que sepas que con una copa no nos llevas a la cama – dijo Andrea a lo bestia.

—Oye, no sé por quién me has tomado. Solo quiero pasar un buen rato y ser amable – repuso él un poco enfadado.

—No le hagas caso. Es que está con la regla.

—Serás cabrona. Yo no estoy con nada. Lo que pasa es que no me gustan las moscas cojoneras –

comentó Andrea mirando con mala baba al pobre chico.

—No le hagas caso. Ven, siéntate con nosotras en la barra. A propósito, ¿cómo te llamas? – pregunté yo, feliz de que aquel joven se hubiese fijado en nosotras.

—Me llamo Daniel y es la primera vez que vengo por aquí. ¿Y vosotras?

—Tom y Jerry, no te jode – soltó mi amiga con muy malas pulgas.

—La borde es Andrea y yo me llamo Ainara – dije yo con una sonrisa.

—Venga, no me jodas. ¿Nos vamos a quedar con este pelmazo aquí toda la noche? – preguntó mi amiga sacándome la lengua.

—Pues, mira, sí. Daniel parece buen chico y me ha caído muy bien – contraataqué yo con un poco de chispa.

— “Daniel es buen chico”, dices. Pues lleva cuidado, Ainara, que lo mismo te lías con Pablo

Escobar. Últimamente tienes un ojo – me soltó con mala leche.

—Mira, ¿por qué no te vas un poquito a la mierda, Andrea?

—No hace falta que me lo digas. Voy al aseo. Que tengo que descargar. Tengo un tapón en el intestino

– dijo orgullosa de su futura hazaña.

—Qué fina eres. Pareces la Duquesa de Alba – le susurré mirándola con rabia.

Comenzamos a brindar los dos por toda clase de cosas: la vida, los amigos, la juventud. Daniel me estaba cayendo simpático. Andrea se había ido a las seis y todavía no había vuelto. Había pasado más de media hora. En principio, no me preocupes. Estaba muy entretenida con aquel chico que al final me resultaba atractivo.

Me estuvo hablando de su familia y de su trabajo en la oficina. Trabajaba en Correos y su nivel de estrés y sus problemas se parecían mucho a los que tenía yo en la clínica. Yo le estuve comentando lo que me había sucedido con Cinthia y que estaba harta de aquel lugar. Él me aconsejó que lo dejara cuanto antes, pero que me asegurara de tener un plan B. No es frecuente encontrarse a una persona como Daniel en una discoteca como aquella donde pude comprobar que mucha gente había perdido los papeles en la pista a causa del alcohol y otras sustancias.

Le dije que tenía que ir al aseo y Daniel se ofreció a acompañarme hasta la puerta. De paso así encontraría a Andrea que estaba missing. Cuando llegamos a la zona de baños, vi que, en un recodo, mi amiga se estaba dando el lote con un morenazo de metro ochenta. Qué envidia me dio. Yo no pude evitarlo. Me entró un calentón y me puse a besar como loca a Daniel, a mi Daniel. Le metí la lengua hasta el gaznate. Casi se atraganta.

Pero el tipo le echó huevos y no me dejó escapar. No se iba a ver en otra ocasión como esa en la vida, pensé yo. Me encantaba hacer feliz a la gente y

Daniel estaba siendo muy feliz conmigo. En mi interior, aquel acto era también una forma de vengarme de Eros, de decirle adiós para siempre y lo iba a hacer liándome con Daniel.

Hablando del rey de Roma, Eros apareció ante mis ojos.

Maldita sea, aquel mafioso estaba en la discoteca. Tampoco me podía pillar por sorpresa porque era el lugar de moda como ya he dicho.

Yo me quedé a cuadros. Daniel se quedó un tanto perplejo al ver mi reacción. No entendía por qué de repente había dejado de besarlo. Cuando giró la cabeza y vio a Eros, se dio cuenta de que él sobraba allí.

No hacían falta las palabras. El que había sido mi mejor amante se encontraba ante mis ojos con cara de pocos amigos. Se le veía a la legua que estaba enfadado, muy enfadado. Le había puesto los cuernos en su cara. En aquel momento, aunque no llevaba mucho alcohol encima, me hice la valiente. Aquel tipo no me iba a acobardar así que me enfrente a él cuando empezó a soltar por su boca tacos e insultos contra mí y contra Daniel.

—¿Por qué me haces esto, Ainara? ¿Por qué? – me preguntó con tono recriminatorio.

—No sé de qué hablas, puto mentiroso –dije yo como si hubiese perdido el norte.

—¿Por qué te lías con un tío cuando estoy esperando a que te vengas a vivir conmigo? ¿Qué te ha pasado, loca? – el volumen de sus palabras iba en aumento.

Andrea dejó de pegarse el lote con aquel morenazo y quiso intervenir. Yo no la dejé. Sabía defenderme sola. Yo tenía que solucionar aquello de una vez por todas. No sé cómo Eros se atrevía a recriminarme nada cuando él había sido el primero en mentirme y en traicionarme.

—No te voy a permitir que me hagas esto, pedazo de ... – su frase que no acabó sonó amenazante.

—Oye, chaval, déjanos en paz. ¡Vete de aquí de una puta vez! ¡Nos estás jodiendo la noche! —

intervino de repente Daniel.

Lo que menos necesitaba yo en ese momento era un Indiana Jones. Daniel se había crecido con el morreo que yo le estaba dando y ahora se había puesto el disfraz de Superman y quería salvar a su Lois Lane. La iba a cagar, pero bien.

Este chaval no sabía con quién se enfrentaba. Además, Eros le sacaba un palmo. El morenazo que estaba con Andrea salió por patas y allí estábamos los tres, delante de aquel energúmeno de Eros que se enfadaba cada vez más. Finalmente sucedió lo que tenía que suceder. Daniel y Eros comenzaron a darse empujones.

—¡¡No te metas en lo nuestro, imbécil!! — le gritó Eros.

—¡¡Yo me meto donde me da la gana!! — le respondía Daniel soltando puñetazos al aire.

Aquello no iba a acabar bien. De repente, fuimos rodeados por un círculo de espectadores que aplaudían y gritaban. Unos estaban a favor de Eros y otros a favor de Daniel. Yo me moría de la vergüenza. Andrea me cogió de la muñeca y me animó a salir. Yo no quería dejar a aquel chico solo ante el peligro, pero no me quedaba más remedio.

Los porteros entraron en seguida a zanjar aquella pelea. Respiré aliviada cuando vi a los gorilas meterse en la pista. Me dio mucho miedo ver a Eros en aquel estado. Parecía muy interesado en mí. Creo que no se esperaba que yo le fuese a ser infiel. ¿Acaso había puesto esperanzas en nuestra relación?

Estaba claramente loco. No entendía la actitud de un tipo que ha abandonado a una mujer en Sevilla y es un traficante. Normalmente, esta gente con tanto poder suele tener a cualquier chica con chasquear los dedos.

Me faltaba la respiración. En el aparcamiento, grupos de chavales y chavalas no dejaban de preguntarnos qué estaba sucediendo. Pero nosotras no contestábamos. Nos fuimos directamente al coche.

Teníamos que huir de ahí cuanto antes. Andrea temía que Eros saliera por la puerta a perseguirnos. Podía leer el miedo en los ojos de mi amiga. Le temblaban las manos y no acertaba a arrancar el coche con las llaves.

Parecíamos las protagonistas de una película de terror en la que suelen fallar siempre los coches cuando más se les necesita. Allí estaba ella, temblorosa y presa del pánico. Yo tampoco podía ser de gran ayuda porque tenía los nervios a flor de piel. Yo también temblaba y sólo pensaba en el enfado monumental que tenía Eros. No quería volvérmelo a cruzar. Habíamos sido unas locas saliendo aquella noche. Al final, Andrea puso en marcha su vehículo y salimos de allí disparadas. Casi atropellamos a un pobre chaval que estaba vomitando junto a una farola.

Tomamos la carretera general y entonces respiramos aliviadas. No nos dijimos nada porque ya estaba todo dicho. La habíamos jodido. Nos habíamos metido en la boca del lobo.

Cuando llegué a casa de mi amiga, volví a la ducha. Ella se tomó un calmante y se tiró en el sofá. Eran las cuatro de la madrugada. No me preguntó cómo estaba yo porque sabía que estaría llorando. Ella también estaba asustada.

¿Por qué me tenía que pasar esto a mí? ¿Por qué?

Cuando salí de la ducha, me la encontré viendo el Tarot en televisión. Estaba adormecida. Una botella de ginebra estaba junto a ella. Me ofreció un trago. Lo acepté y aquel brebaje me hizo resucitar.

—La que se ha montado en Discópolis – dijo ella con la voz rasgada.

—Lo sé. Todo ha sido culpa mía. No me tenía que haber enrollado con aquel chico y menos delante de Eros – dije yo haciéndome la víctima.

—Tú no tienes la culpa de nada, joder. Ha sido una puta casualidad – dijo ella volviendo a beber a morro.

—¿A qué te refieres?

—Que ese tal Eros debe darse cuenta de que tú no quieres saber nada de él,

que no eres una idiota, que sabe que la ha cagado contigo al estar mintiéndote, ¿lo entiendes? – añadió ella con un tono maternal.

—Lo sé. Sé lo que quieres decirme. Pero no debíamos haber salido.

—No puedes acobardarte. Ese tío no te va a tocar. A ese tío, por lo que sea, le ha jodido ver que te salías con la suya.

—Andrea, yo creo que le gusto – dije yo con voz temblorosa.

—No me jodas. Ese tío quiere un polvo tras otro contigo. Le pones y ya está. Eres un trofeo de caza más. Pero no hay amor. Olvídate. Un tipo que trafica y que deja a su mujer tirada en Sevilla es un tipo que no puede amar jamás, ¿me entiendes?

—Lo entiendo. No te falta razón.

Estuvimos en silencio un largo rato viendo cómo una pitonisa leía el futuro a la gente que llamaba. Otra estafa más en esta vida miserable que llevábamos todos. Yo no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Tenía miedo de contarle una cosa a Andrea que me había sucedido cuando había visto a Eros. Si se lo decía, ella me mataba allí mismo.

Cuando estaba morreándome con Daniel y sentí la presencia del que había sido mi amante estas últimas

semanas, mi corazón dio un vuelco. Cuando lo vi con el rostro desencajado, no sentí pena, sino una atracción física hacia él. Estaba claro que Eros me ponía, me excitaba, pero eso no se lo podía contar a Andrea. Me levanté al cabo de un rato y Andrea se mosqueó.

—¿Adónde vas?

—A la cama. Necesito cerrar los ojos. No sé si voy a poder dormir, pero al menos estaré más cómoda que en ese sofá de Ikea donde me voy a dejar la espalda – protesté yo sonriendo.

—Joder, te quejas de todo. Ya quisieran algunos tener este confort. La ginebra, el tarot en televisión, una buena amiga.

—¿Te estás burlando de mí, Andrea?

—No, anda, vete a la cama. Ahora iré yo. Creo que voy a enganchar un día con el otro y esta botella con otra. Ya que no he podido hacerlo en la discoteca, lo haré en casa – dijo ella con toda su cara dura.

Fui al cuarto. Me quité el albornoz y me quedé desnuda delante de un amplio espejo. Me vi rara. Estaba confundida. La imagen que estaba delante de mí parecía que no era yo. Eros había conseguido que yo fuese una persona diferente. Sé que no era el hombre que me convenía, pero el hecho de encontrármelo allí de nuevo hizo que yo sintiera algo diferente. Pero eso lo guardaría en secreto. Seguramente, con otros hombres, yo no volvería a experimentar las sensaciones que había experimentado con Eros. Eso me ponía de mala leche al principio y, conforme pasaban los minutos, me hacía sentir una persona triste y abandonada. Cerré la puerta con pestillo. Quería asegurarme de que Andrea no podía entrar.

Salí al balcón y respiré el aire fresco de una noche que se esfumaba. Frente a mis ojos, las primeras luces del día aparecían como si fuesen dedos rosáceos con los que la aurora acaricia el cielo.

Mis ojos se volvieron vidriosos y mi mirada se volvió turbia. Solo tenía ganas de llorar. Lo de menos era el incidente en la discoteca. Lo de menos era el miedo que yo podía sentir hacia Eros sabiendo que era un impostor y un delincuente. Todo eso era lo de menos, aunque pudiera parecer lo más importante.

Lo que me estaba afectando de verdad, lo que me estaba matando, es que, al recordar a Eros, sentía algo parecido a la felicidad, aunque también me sentía sucia.

Volví a la habitación. Y me acosté desnuda. Necesitaba sentir el tacto de mi cuerpo sobre las sábanas y pensar que quizá él no fuese una persona tan odiosa y tan mala.

CAPÍTULO 3

No tenía ganas de ir a trabajar, menos aún con esas ojeras de oso panda que llevaba. Y encima tener que aguantar a la víbora mayor. La descuartizaría si me dijera algo, seguro.

Pero parecía que la bicha había tenido un buen fin de semana, llegó al trabajo con una sonrisa de oreja a oreja. Dio los buenos días con voz cantarina y fue a cambiarse de ropa. La miré con las cejas enarcadas, esa había tenido sexo. Cuando el calvo de mi jefe entró, la sonrisa en su cara era igual. No quería ser mal pensada, pero...

Vale, después de esa mirada, todo estaba claro. ¿Había engañado a su mujer con esa cosa? Joder, qué mal estaba el mundo y qué necesitado estaba el pobre. Solo de pensarlo me dieron arcadas.

Salí de la clínica con prisas con la excusa de ir a por el café, pero lo que necesitaba era aire para no vomitar con la imagen de esos dos que se había formado en mi cabeza. Eso y para descojonarme, lloraba y todo cuando entré en el bar.

- Qué buen humor para ser lunes, ¿follaste el fin de semana? -Luis y sus buenos días...

- No, pero otros sí -dije aún entre risas.

- ¿Y eso te alegra?

- La verdad es que no -dije dejando de reír-, y menos porque se trata de la víbora, pero es que con el calvo de mi jefe...

- Tu jefe no es calvo -dijo Luis como si acabara de decir algo horrible.

- Claro que no, solo es un mote -mentí.

- ¿Me estás diciendo que esos dos...?

- Hombre, seguro no lo sé, pero después de lo que vi...

Le faltó tiempo para invitarme a un café mientras yo le contaba las cosas.

- Alegría para sus cuerpos, que seguro lo necesitaban. Pero eso no explica las ojeras que me

traes. Hija mía, ¿es que quieres como pareja a un oso panda o qué? -cambió de tema cuando ambos terminamos de criticar a los dos dentistas.

- No he dormido mucho los últimos días -dije antes de darle un sorbo a mi café.

- ¿Mal de amores?

- No, solo que estoy muy nerviosa -mentí.

- Si te sientes mejor diciendo eso... -estaba claro que no se había creído nada.

- Solo no me apetece hablar sobre el tema, lo siento.

- Oye, no te pongas triste. Pero quiero que sepas que cuentas conmigo. Si necesitas hablar algún día, solo tienes que llamarme. Lo sabes, ¿verdad?

- Lo sé -dije emocionada. Luis era una loca, pero como amigo (o amiga), de los más serviciales, me emocionaron sus palabras, yo estaba demasiado sensible.

Mi móvil vibró y lo cogí pensando que sería Andrea, preocupada. Era peor que una madre, pero gracias a ella todo lo que me estaba pasando era más fácil de sobrellevar.

Apreté los labios cuando vi que el mensaje era de Eros y no de mi amiga. No tenía que leerlo, debía ignorarlo, pero la curiosidad mató al gato, ¿no?

“Ainara, tenemos que hablar”.

Cómo no, directo al grano. No iba a contestarle, yo no quería ni verlo, no cuando me había engañado de esa manera.

El móvil volvió a sonar y me quedé mirando la pantalla, leyendo todo lo que escribía.

“Cariño, por favor. No sé qué te pasa, no sé qué ha ocurrido, pero te estoy echando de menos.

“Quiero verte, ¿puedo recogerte al mediodía y comemos juntos?”

“No”.

“Ainara, no seas cabezota. Al menos me debes una explicación”.

En eso tenía razón, pero él me debía a mí más de una, aunque él ni se imaginara que había descubierto su juego.

“No tenemos nada que hablar. Déjame en paz, Eros”.

Le quité el sonido al móvil y levanté la mirada, suspirando.

- ¿El culpable de tus ojeras? -preguntó Luis.

- Culpable de demasiadas cosas -suspiré.

Cogí la bandeja con los cafés y salí del bar. Tenía que centrarme en mi trabajo, ya tendría tiempo de comerme el coco por la noche, cuando estuviera en la soledad de mi cama...

Y así fue cómo ocurrió. Lunes por la noche y yo, como una idiota, sentada en mi cama, agarrada a mis rodillas dobladas y con la cabeza apoyada en ellas mientras las lágrimas salían de mis ojos sin control ninguno.

A veces pensaba que era realmente gilipollas. Sí, sentía mucho por Eros, pero recién había entrado en mi vida. Me había engañado, pero tenía que ser fácil olvidarlo. Sin embargo, eso no era así.

Ya no era solo por el dolor de la traición o del engaño, sino porque realmente él había logrado despertar en mí demasiadas emociones. ¿Amor? Quizás era pronto para hablar de eso, o tal vez yo no quería pensar en que me hubiese enamorado con tanta rapidez de él, era mejor enmascarar la verdad cuando las cosas no iban bien, esperando que así el daño fuera menos.

Pero mentirme a mí misma era realmente estúpido.

Resoplé y me limpié con rabia las lágrimas. ¿Por qué?, gemí. Era la única pregunta que salía de mis labios una y otra vez.

Miré el móvil, pensando en él. A esas horas estaría durmiendo en prisión. Quizás ya se había dado por vencido y no volvería a intentar hablar conmigo nunca más. Y aunque era lo que en parte deseaba, me hizo daño pensarlo. Que lo nuestro se hubiera acabado.

“Se acabó, Ainara, todo se acabó”, pensé.

Apoyé la cabeza en el cabecero y cerré los ojos. Sí, todo se había acabado y yo tenía que seguir con mi vida.

Los siguientes días fueron algo más complicados. Aunque tranquila porque no había recibido ningún mensaje de Eros, el dolor que me daba pensar que ya todo había terminado me hacía tener ataques de ansiedad.

En el trabajo no estaba muy centrada y ya había tenido varios encontronazos con la víbora, menos mal que supe, no sé cómo, morderme la lengua a tiempo y no soltarle todo lo que pensaba o, al final, me quedaba sin trabajo.

Pero el viernes por la mañana ya ni eso me importaba, por mí como si me dejaban sin trabajo, ¿qué más daba? Estaba de un humor de perros. ¿Tan poca cosa había sido para él que ni un mísero mensaje más?

Me debatía entre saber que era lo correcto y desear que hubiera insistido.

Me iba a volver loca...

Ese día había poco trabajo, así que mi jefe y la gran víbora se fueron rápidamente. Me quedé un poco organizando las citas de la semana siguiente cuando la puerta de la clínica se abrió. Extrañada, salí a asomarme para decirle a quien fuera que ya habíamos cerrado y me quedé paralizada cuando lo vi entrar.

Estaba guapísimo, como siempre. Y a mí me empezaron a temblar las rodillas.

- ¿Qué haces aquí? -pregunté con la voz temblorosa. Mierda, no podría

escaparme.

- Tenemos que hablar.

- Tú y yo no tenemos nada que hablar y menos aquí, Eros.

- Me debes una explicación, Ainara.

- No -negué, no iba a darle ninguna.

- Te vas de repente y te veo con otro. ¿Qué coño era eso? -preguntó acercándose a mí.

- Soy una mujer libre -dije con altanería.

- Claro, pero estabas conmigo. Te acostabas conmigo, maldita sea. En ningún momento hablamos de una “relación abierta” o mierdas como esa -ya estaba demasiado cerca de mí.

- Mira, Eros. Deja las cosas como están. No me apetece hablar, yo...

- No vas a dejarme tan fácilmente -dijo con la mandíbula apretada.

- ¿Qué quieres decir?

- Que lo nuestro no se ha acabado.

Llegó a mi lado en milésimas de segundos y su boca atacó a la mía. Estaba desesperado, se le había ido la cabeza y estaba soltando toda su rabia en ese beso.

Intenté separarme de él, separar nuestras bocas, pero no me dejó. Hasta que el traidor de mi cuerpo reaccionó, pegándose a él, necesitado de su contacto.

- Eros vete -dije entre sus labios.

- No, te necesito.

- Mentira -gemí cuando agarró mi pecho con su mano.

- Esto no me lo puedes negar.

- No me hagas odiarte -le supliqué, porque sabía que si le hacía caso a mi cuerpo y a la necesidad que tenía de él, iba a odiar a Eros y a mí misma por ser tan débil.

- Ódiame si con eso eres mía.

Me cogió en peso y me sentó en el escritorio. No me daba tiempo a reaccionar cuando mis pantalones y mis bragas ya habían desaparecido. Fui a abrir la boca para mandarlo a la mierda cuando su miembro ya estaba entrando en mí.

- Oh, Dios... -suspiré cuando me llenó por completo.

Una sonrisa de triunfo se instaló en sus labios y yo quise borrarla de un guantazo.

Duramos poco antes de que nuestros cuerpos alcanzaran el orgasmo y nos quedáramos allí, callados, con las respiraciones aceleradas.

Salió de mí, se colocó la ropa y me miró con las cejas elevadas.

- No te alejarás de mí. Tú no, Ainara.

- Vete -dije con la voz estrangulada cuando la culpa comenzó a formarse en mí.

- Por ahora, pero volveremos a vernos.

- No -negué-. Déjame, Eros.

- Ojalá pudiera -suspiró-, pero eso ya es imposible.

Se dio la vuelta y se marchó. Cerré los ojos cuando la puerta del local se cerró y lloré.

¿Qué le pasaba? ¿Dónde estaba el caballero correcto que yo conocía? ¿Ese que me había enamorado?

Porque a esas alturas ya no había ninguna duda de que estaba más que loca por

él.

Era un hombre seguro, pero nunca había mostrado esa faceta conmigo, esa de posesión, de dominación...

Y lo peor es que, en vez de asquearme, me gustaba.

“No te alejarás de mí, Ainara. Tú no”.

¿Qué había querido decir con eso?

Rezaba para que esas palabras no significaran nada y entendiera que entre nosotros ya no había nada.

Pero algo me decía que Eros no iba a marcharse de mi vida así porque sí y que aún tendría muchas cosas que descubrir.

Miedo era poco...

CAPÍTULO 4

No podía más, estaba con la cabeza para estallar, me había acostado con él en mi trabajo, con ese delincuente del que me había enamorado. ¿Cómo era posible?

Me acosté una siesta y al despertar tenía 15 llamadas perdidas de Eros, menos mal que dejé el teléfono en silencio, miré y tenía algunos mensajes, todos con que le cogiera la llamada, que se estaba enfadando y que quería hablar conmigo. Ignoré todo.

Andrea me llamó y no le comenté nada, estaba en Sevilla, se iba a pasar el fin de semana allí ya que tenía una boda, así que iba a estar sola todo el finde, estaba muy preocupada por mí, la tranquilicé y me metí en la ducha, me arreglé y me fui a pasear al paseo marítimo, tenía ganas de tomar algo frente al mar, a ese lugar donde conocí a Eros.

Me senté en una mesa, mirando al mar, estaba en pleno atardecer, era impresionante las vistas al mar, el colorido que se formaba en el agua con la caída del sol, la música sonaba, pero sin demasiado volumen, era perfecto

para estar con él, pero sin que hubiera sido aquel canalla que había intentado ocultar.

—Hola, Ainara – una voz masculina me saludaba a mi espalda.

Me giré y comprobé que era Eros, sabía que podía pasar, pero no me iba a esconder del mundo.

—Hola, Eros – dije sin mirarlo.

No preguntó, se sentó directamente.

—No me has cogido el teléfono.

—No me apetecía... Una cosa. ¿Te piensas que puedes hacer conmigo lo que te dé la gana?

—Para nada, pero estábamos muy bien juntos, no es justo que ahora estemos de esta manera.

—Vale, mira, te voy a hablar claro, no me creí lo de tu victimismo, no me creí que no fueras culpable, no me he creído una mierda. ¿Lo quieres más claro?

—Por supuesto – dijo mirando al camarero que se acercaba –, tráeme otro Gin Tonic, por favor.

—¿En serio lo quieres más claro?

—Te he dicho que sí...

—No pienso estar con un traficante... no eres el hombre del que creía que me había enamorado, es más, me gustaría perderte de vista – dije mirándolo fijamente a los ojos y haciendo gestos seguros con mi rostro.

—¿Puedo hablar ya?

—Adelante, será la última vez que lo hagas...

—Más vale que me escuches, déjate ya de tonterías, Ainara, con esa actitud no

vamos a llegar a ninguna parte – dijo desesperado, tocándose la cabeza con una mano.

—Entérate, no quiero llegar a ninguna parte contigo, que me olvides. ¿Puedes aceptarlo de una puñetera vez? – dije pegando un golpe con la mano en la mesa.

—Te vas a enterar tú, vas a seguir a mi lado, Ainara y ya me encargaré de demostrarte cuál era la verdad.

—No te enteras – negué enfadada con la cabeza —. ¡No quiero que me demuestres nada, solo que me olvides!

—Ni puedo, ni quiero – dije agarrándome la mano, por supuesto me solté de un manotazo.

—No me toques – dije en voz floja con un tono amenazante.

—No me provoques, Ainara – dijo de forma nerviosa con los ojos fijos en los míos y el rostro totalmente desenchajado.

—¿Me vas a putear como le hiciste a esos pobres chicos que llevaste engañados a ese viaje?

—¡No tienes ni puta idea!

—Eso crees – reí irónicamente.

—Ni idea, créeme, ni idea... – tomó un trago desesperadamente y luego posó el vaso con mucha severidad.

—Eros, en serio, no te esfuerces...

—Escúchame atenta, por tu bien, más vale que no te alejes de mí – dijo sin dejar de mirar hacia el mar.

—¿Por mi bien? ¿Estás drogado? ¿Crees que te tengo miedo? ¡Estás loco!

—A mí no eres al que has de tener miedo...

—¿Qué coño estas diciendo, tío?!

—No preguntes, confía en mí...

—¿Estás de coña? No, de verdad, por ahí no, vete y déjame en paz – dije muy enfadada, en tono fuerte.

—No me voy a ir, no te voy a dejar sola...

—¿Sabes que te puedo denunciar?

—¿Sabes que te puedes arrepentir el resto de tu vida, Ainara? ¿Sabes que no te he mentado en nada?

¿Sabes que estoy viviendo una pesadilla más dura de lo que imaginas? ¿Sabes que van a ir por ti también, para callarme? ¿Sabes que...? Ainara, no tienes ni idea – dijo derramando un montón de lágrimas que me dejaron fría.

—No quiero saber nada, Eros, no quiero saber nada....

Me levanté y me fui para mi casa, lo dejé allí con sus mentiras, con esas lágrimas de cocodrilo tan grandes como su vida, con todo el dolor de mi alma, me fui, a pesar de que mi corazón me pedía estar con él, pero mi cabeza me decía que no era lo más adecuado.

CAPÍTULO 5

Me levanté el sábado con una resaca horrible. La noche anterior me había bebido media botella de vodka yo sola. Jamás había hecho una cosa así, jamás me había emborrachado sin nadie a mi lado y menos con la intención de evadirme de todas mis preocupaciones.

¿Qué cojones estaba haciendo con mi vida? Andrea quiso dejar lo de la boda conmigo, venirse y pasar ese fin de semana junto a mí, pero le dije que tenía gripe y que mejor me quedaba sola.

Confiaba plenamente en ella y, aunque yo ya no estaba en su casa, sentía que ella todavía quería protegerme. Sé de muy buena tinta que estaba muy preocupada por mí. Había demostrado que yo era una de las personas que más

le importaban en la vida.

Le mentí al decirle que tenía gripe, pero no podía hacer otra cosa. Nunca lo había hecho y menos a ella, pero, claro, pero yo necesitaba soledad y, además, no iba a arrastrarla conmigo. No quería que Andrea cayera en la misma depresión en la que yo estaba sumida.

Normalmente, la soledad me había asfixiado, siempre me había parecido lo peor que le puede pasar a una persona. Sin embargo, mi corazón necesitaba el silencio, saber que nada ni nadie iba a molestarme.

No me había dado cuenta todavía que había dormido y mucho. Un zumbido sordo atravesaba mis oídos invadiendo mis pensamientos, así que, cuando la luz del sol dio en mis ojos y noté la cabeza a punto de estallarme, tenía claro que lo que menos necesitaba era pensar.

Porque el hecho de pensar significaba Eros, y eso era demasiado jodido para mi precario estado. No estaba dispuesta a seguir bebiendo vodka para que aquel nombre desapareciera de mi cabeza, de mi memoria.

Debía hacer un esfuerzo muy grande para olvidarlo, para deshacerme de su figura, de su cuerpo desnudo que volvía a mí, una y otra vez, para provocar mi excitación. Había tenido sexo con él en el trabajo y parecía que lo necesitaba, que, en el fondo, quería que me penetrara. Era una maldita inmadura. Tenía que darme cuenta de que aquel hombre debía estar lo más alejado posible de mí, porque, como muy bien me había dicho mi amiga, él era un embaucador y un mentiroso.

Y, con su cuerpazo y con el manejo de sus palabras, había logrado seducirme de nuevo. ¿Cómo era capaz

de hacerlo? ¿Cómo era yo tan facilona? Su victimismo y sus lágrimas no podía creérmelas. Todo era una sucia mentira.

Creo que él estaba intentando por todos los medios hacerse conmigo. Por alguna razón que no conocía aún, él quería tenerme, poseerme y hacerme suya. Nunca pude imaginar que un tipo como aquel pudiera obsesionarse conmigo.

Estaba claro que le ponía. Estaba claro que a él le gustaba follar conmigo y quizá era eso lo que lo movía desesperadamente a que Eros me quisiera a su lado. ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo se cansaría de mí y me cambiaría por otra si yo me atrevía a dar el paso de estar a su lado? Pero ... ¿qué estaba diciendo? No podía hacerme a la idea de salir con un criminal. Algo así no me lo perdonaría jamás.

Me entraban ganas de vomitar, pero, al mismo tiempo, la atracción seguía ahí, corriendo por mis venas como una sustancia química que acaban de inyectarme.

Me preparé un café y me lo tomé sentada en el sofá. Antes de sentarme, fui directa al botiquín que tenía en el cuarto de baño y cogí una pastilla para el dolor de cabeza. Rezaba porque se me aliviara rápidamente. No creo que aquel dolor se debiera solo al alcohol, sino también a que no paraba de darle vueltas al mismo asunto. Me causaba una ansiedad insoportable el hecho de pensar que yo pudiera sentir algo hacia Eros, algo que no quería llamarlo amor.

Sorbí de mi café y encendí la tele para distraerme un poco. Estaban echando un programa horrible del corazón donde los tertulianos se tiraban los trastos a la cabeza criticando a los famosos.

Tuve que apagarla enseguida. Lo que menos necesitaba ahora yo era precisamente asistir a una escena de discusiones y gritos. Acabé mi café y sentí cierto alivio. Mi estómago agradeció aquella bebida caliente.

Los efectos del vodka estaban remitiendo. Con menos presión en las sienas y sin jaqueca apenas, me incorporé y arrastré los pies hasta la ducha. Allí, sin que nadie me pudiese observar, me puse a llorar.

Grité y pude respirar sin ese nudo en la garganta que me estaba dejando sin aire.

Al salir de la ducha, me miré en el espejo y no me gustó nada lo que vi. Estaba hecha un adefesio. Había perdido mucho peso. Los nervios me estaban pasando factura. No tenía nada ahora en mi vida que pudiera hacerme sentir una mujer feliz. Mi trabajo y aquella relación tormentosa con Eros me tenían

prisionera.

Estaba completamente destruida.

Me vestí con ropa cómoda. Y volví al sofá. No tenía ganas de salir ni de ver a nadie. Había convertido mi vida en un puto laberinto. No saldría de él jamás ni nadie me ayudaría tampoco a escapar. Estaba en un jodido agujero, en una oscura madriguera. Quedaba un poco de café todavía en la taza. Lo bebí. Estaba frío y amargo. El nombre de Eros volvió a mi cabeza y entonces lancé la taza contra el suelo. No se rompió pero sonó como un disparo.

No lloré esta vez. Era la rabia la que me estaba poseyendo. Conté hasta diez y volví a encender la tele.

Me pondría una película que me distrajera. Nada de comedias románticas. La vida que describían era una puta mentira. Me pondría una peli de acción donde hubiera sangre y muchos puñetazos. Necesitaba descargar adrenalina.

Pero no hubo tregua y estaba claro que el destino se estaba divirtiendo conmigo. Cuando iba a introducir el DVD de Mad Max en mi equipo, el móvil sonó y yo cerré los ojos con fuerza mientras gemía y, con los dedos, me masajeara las sienes. ¿Quién daba por culo tan temprano? Joder, que era sábado y quería ver una película.

Cogí el móvil para leer el mensaje y me quedé con la boca abierta al ver que eran casi las dos de la tarde. Bien, tampoco era tan temprano, pensé con una mueca.

Puse los ojos en blanco al ver la cantidad de mensajes y llamadas perdidas de Eros. Mensajes como...

“Ainara, ¿estás despierta?”

“Avísame cuando despiertes, al menos dime que estás bien”.

“Ainara, no puedes hacerme esto. Sé que estás ahí. Dime algo, por favor”.

“Te necesito. Quiero verte ya. Por Dios, no me hagas esto”—

“Te estoy llamando, cógeme el teléfono, me estás preocupando”.

“Maldita sea, Ainara, ¡coge el jodido teléfono!”

“A la mierda, voy para tu casa”.

Si las miradas pudieran matar, Eros estaría aniquilado en segundos. ¿Pero qué demonios le pasaba a ese hombre? Eso parecía acoso y yo ya estaba poniéndome de muy mala hostia. Esto era lo que me faltaba

ahora, que el delincuente viniese a mi casa. Joder, me dieron ganas de llamar a la policía. Porque lo primero que se me pasó por la cabeza era que este tío venía a casa a acabar conmigo. Este tío se había obsesionado conmigo y a lo mejor estaba tramando asesinarme si no le obedecía. Luego, intenté tranquilizarme y pensé que a lo mejor sería un farol y que no se atrevería a venir, pero no fue así. Aquello no fue un farol.

Joder... Gemí cuando el timbre sonó. Era él, seguro. No me había dado tiempo ni a pensar en desaparecer. Estaba en peligro, en manos de un loco.

Me mantuve en silencio, esperando que pensara que no había nadie, así a lo mejor...

Noté un ruido en la puerta, un juego de llaves y...

—¿Se puede saber qué haces?! —grité cuando, sin saber cómo, Eros abrió la puerta de mi casa. Me quejé por la punzada de dolor en mi cabeza.

Eso no podía estar pasando, ¿pero de qué iba? De nuevo la ansiedad volvía a mí. El dolor de cabeza golpeaba de nuevo como un martillo en mis sienes. Allí estaba él. Se notaba que estaba nervioso. Sudaba.

Sus ojos estaban fuera de sus órbitas. Parecía ido. Su cuerpo temblaba. Creo que estaba más nervioso que yo. No llevaba nada en la mano que me pudiera causar pavor.

Pese al estado de nerviosismo y confusión en el que yo me encontraba de nuevo, no me acobardé, sino que intenté hacerle frente con mi mala leche y mi

ironía.

—Joder, ¿me estás ignorando! —reprochó soltando saliva por la boca como si fuera un perro rabioso.

—Y el perrito piloto es para... —dije con ironía— Pues claro que te estoy ignorando, ¿no era obvio?

—Lo siento —dijo arrepentido—, me asusté. Pensé que te había pasado algo y...

—Sí que me ha pasado, el hecho de haber conocido a un psicópata. ¿Pero qué mierda te pasa? ¿Y

cómo entraste? —él enarcó las cejas como toda respuesta, seguía parado delante de la puerta— Está bien, mejor ni saberlo —dije al entender—. Ya has visto que estoy bien, has invadido mi privacidad, me has dado un susto de muerte, ¿te quedas tranquilo ya?

—Sí... —suspiró frustrado, se pasó las manos por el pelo, desesperado— ¿Me tienes miedo?

—preguntó de repente.

—¿Qué?

—Ainara, tienes que confiar en mí. Por favor, tienes que creer en mí. No soy una mala persona —dijo él con tono dramático poniendo una cara de pena que no me creí en ningún momento.

—Mira, Eros. Ahora mismo eso es lo que menos hago. Y sí, te juro por Dios que me tienes asustada.

¡Has allanado mi casa, maldito seas! —dejé la taza en la mesa y me levanté echa una furia.

Tenía que tener miedo, sí, a ese hombre se le iba la cabeza. Pero la verdad era que, aunque pareciera increíble, lo que menos provocaba ese hombre en mí era miedo. No podía creerlo, no debía confiar en él después de todo lo que mi amiga me había contado. Pero tampoco podía huir de él, algo me lo impedía,

esa insignificante parte de mí que estaba enamorada de él, me decía que confiara en él.

Me estaba volviendo loca. Si Andrea hubiese estado presente allí, me habría dado dos bofetadas para que despertara de esta ensoñación. La estaba jodiendo. Aquel tío me estaba anulando como mujer y lo peor de todo es que, de nuevo, al tenerlo frente a mí sentía esa atracción física que hacía que pensara en él una y otra vez.

Mi cabeza empezó a dar vueltas de tanto pensar. La resaca no ayudaba mucho y el hecho de levantarme rápidamente, tampoco. Me desestabilicé y me senté de nuevo como pude.

—¿Estás bien? —preguntó cuando llegó a mi lado, con la cara de preocupación.

—Sí, fue solo un mareo.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enferma?

—Bebí demasiado —confesé.

—¿Sola? ¿Has bebido sola? —preguntó con actitud protectora.

Lo miré cuando su voz me juzgó.

—Sí, sola. Y además, ¿qué te importa? Tú y yo no somos nada, ya no sé cómo decírtelo —le contesté yo con seriedad.

—Ya te dije que no te separarías de mí, Ainara. Cuanto antes lo entiendas, mejor. Y más vale que no vuelva a verte con nadie o no respondo por mis actos.

Lo que me faltaba ahora es que aquel tío se me pusiera chulo. Aquello sonó a amenaza. Tampoco tenía que sorprenderme que Eros dijera aquello. Era un criminal y los criminales hablan así. Intenté controlar la situación lo mejor que pude.

—Eros... —intenté hablarle como a un niño pequeño— Estás loco, ¿te está dando cuenta de que pareces un acosador?

—Sí —dijo tan tranquilo—, todo por mantenerte a salvo.

—Del único que tienes que mantenerme a salvo es de ti —dije con dolor en la voz—. Por favor, vete de mi vida.

Aquella última frase fue como un disparo directo al corazón. Lo pude ver en sus ojos que se clavaron en los míos.

—No lo entiendes, Ainara.

—Entiendo más de lo que crees, sé más de lo que crees.

—Si realmente supieras la verdad, no te alejarías de mí —me miró a los ojos, los suyos llenos de dolor—. Me duele que no confíes en mí.

A mí también me dolía, pero no podía hacerlo. No cuando sus actos hablaban por sí solos. Estaba mal, necesitaba ayuda y mantenerse alejado de mí.

—Eros, todo se terminó. Olvídame, márchate. Hazlo cuanto antes, por favor.

—No. Y prepara tus cosas, vas a pasar este fin de semana conmigo.

Ahora sí que se había vuelto completamente loco. ¡Yo no iba a ir a ningún lado con él! Pero yo estaba ante las puertas del infierno.

CAPÍTULO 6

Claro que no me iba a ir con él.

Pero Eros estaba convencido de su decisión. ¿Qué quería este tipo de mí? ¿Tanto me deseaba que estaba dispuesto a secuestrarme, a arrebatarme mi propia libertad? Ahora el miedo era una realidad. Mi boca se quedó seca y mis manos empezaron a sudar. No podía articular ni una sola palabra. Hice el ademán de coger mi móvil y llamar a la policía. Ojalá lo hubiese hecho antes, me dije en aquellos momentos.

—¿Qué haces? ¿A quién vas a llamar? —preguntó Eros con voz grave.

—Voy a llamar a la policía y al Ejército si hace falta. No voy a irme contigo a

ningún sitio – contesté yo con aire dubitativo.

—No me jodas, Ainara. No puedes hacer eso. ¿Te has vuelto loca?

—El único que padece locura eres tú, maldita sea. Entrás en mi casa sin permiso y ahora me montas un número de celos increíble. Para colmo, después de todo lo que sé, me pides que me vaya contigo, que abandone mi casa porque a ti te ha dado la gana. ¿Qué esperas que haga?

—Lo que espero que hagas es que me obedezcas. Eso es lo único que espero, por favor.

—Ahora te pones blandito. Ahora me hablas de “por favor”. Vete de aquí y desaparece de mi vida –

dije yo con voz temblorosa, esperando a que se decidiera a salir de allí.

—No voy a irme de este piso sin ti. Me da igual a quien llames. No voy a perderte, Ainara – añadió él con agitación y escupiendo saliva.

Los ojos de Eros se encendieron con un extraño fulgor que a mí me paralizaba. Parecía que en aquellas palabras hubiese algún secreto oculto, algún misterio que yo desconocía claramente, y que le hacía reaccionar de esa manera.

Miré mi móvil. Pulsé algunas teclas, pero él se abalanzó sobre mí y no me dejó. Caímos los dos en el sofá. Podía sentir su aliento sobre mí. Estaba ido.

—¿Por qué me haces esto, Eros? ¡¡Sal de aquí o gritaré como una posesa!! Entonces sí que verás a una loca – le dije yo mirándolo fijamente a aquellos ojos que me desnudaban por dentro.

—No voy a cambiar de opinión. No puedo dejarte, maldita sea.

—No me vengas con esas. ¡¡Puedes tener a la mujer que quieras!! ¡¡Olvídate de mí!! – grité yo con pavor.

—No quiero a otra mujer, ¿me oyes? ¡¡Te quiero a ti!! – gritó también él como si hubiese perdido la razón.

Nos quedamos unos segundos en silencio. Había tensión entre nosotros. Pero no me refiero a esa tensión que es similar al nerviosismo o al suspense, sino aquella que conduce al sexo. Todo se había cargado de una sensualidad indescriptible. El hecho de que me dijera que no deseaba a otra mujer que no fuera yo me dejó sin argumentos durante unos instantes. No sabía qué contestar. Su cuerpo sudoroso estaba cerca del mío, sus ojos grandes y llenos de luz me miraban fijamente y sus fuertes manos agarraban mi cintura.

Estaba perdida y estaba loca. Mi móvil cayó al suelo y se deslizó hasta la taza que seguía en el suelo.

No sé qué sucedió. Eros empezó a besarme. Y no en la boca, sino en el cuello. Su respiración entrecortada, sus jadeos, se mezclaban con la presión de sus labios sobre mi piel.

Su lengua humedeció el lóbulo de mi oreja izquierda, una zona particularmente sensible para mí. Yo quise besarlo en la boca, pero él no me dejó. Quería hacerlo a su manera y su manera ya la conocía yo de sobra. Eros quería hacerlo a lo salvaje. Me quitó lo que llevaba puesto allí mismo, en el sofá, y lo hizo rápidamente, rompiendo alguna de las prendas.

Lo peor era que yo lo ayudaba. Estaba extasiada con su fuerza bruta, con su tremendo pene. Mi cerebro trataba de asimilar aquella escena. Yo odiaba a aquel hombre y, sin embargo, me entregaba a él porque yo quería el placer, el placer que solamente él sabía darme.

Me subí encima de sus piernas. Él permanecía sentado y sus ojos estaban frente a los míos, pero no quería besarme en la boca. Y que se negara a eso me excitaba aún más. De repente, su miembro me penetró. Sentí su calor, su humedad y su fuerza descomunal. No hubo tregua. Empecé a mover mis caderas. Él gemía y, mientras lo hacía, yo le dije cosas horribles que a él lo excitaban aún más.

—Eres un hijo de puta. ¿Por qué me haces esto?

—Calla y sigue. Me gusta. Me gusta mucho cómo lo haces —me susurraba ebrio de placer.

—No me reconozco. Yo no soy así. Te desprecio, Eros.

—Me da igual. Ya me amarás cuando lo entiendas todo.

—No hay nada que entender. Solo quieres follarme como harás con otras tantas a mis espaldas, a las que les montarás el mismo numerito, ¿verdad?

—Calla y sigue. Lo haces muy bien —me volvió a susurrar mordiendo mis pechos para que yo jadeara cada vez con más fuerza.

Entre nosotros había una sintonía sexual alucinante. Hasta que no conocí a Eros, no supe qué era un orgasmo de verdad. A los pocos minutos, él se corrió abundantemente en mi interior y yo respondí con un orgasmo que me hizo chillar con fuerza. Cuando lo hice, él entonces metió su lengua en mi boca y yo la acogí con pasión y desenfreno.

Pasaron unos minutos en los que no nos dijimos nada. Estábamos extenuados en el sofá. Yo lo miré con desprecio. Pese a lo que había disfrutado, había una parte de mí que me decía que tenía que huir de aquel monstruo. Mi amiga Andrea ya me había advertido de lo que son capaces de hacer hombres como Eros.

¿Cómo iba a escapar de allí? ¿Cómo iba a deshacerme de aquel impostor? Me había pedido que me fuese con él. Más que pedírmelo, me había obligado a que lo hiciera. Y la única forma de que aquel hombre desapareciera de mi vida sería obedeciéndole. Parece una contradicción, pero no lo es.

Si abandonaba mi casa con él, encontraría más adelante la oportunidad de escaparme. Eros no se iba a ir de mi casa por mucho que yo se lo pidiera. Y ahora yo no podía llamar a la policía. Ahora no podía avisar a nadie. Empeoraría las cosas.

—Me voy a ir contigo, Eros, pero prométeme una cosa —añadí yo ingenua, como si un criminal fuese a hacer caso de lo que le dijera una chavala a la que mataba a polvos cuando le apetecía.

—Dime qué quieres —dijo malhumorado como si no hubiese encontrado la suficiente satisfacción en ese encuentro sexual.

—No me hagas daño. Prométeme que no vas a hacerme daño – dije yo con ojos tristes.

—No sé qué te pasa conmigo. No sé qué demonios te han contado, pero te estás equivocando, ¿me oyes? – dijo él a modo de sentencia.

—Sabes que me haces sentir una mujer sucia – añadí yo seria.

—Me duele que me digas eso. Nunca ha sido mi intención hacerte sentir de esa manera, ¿me oyes?

—Te odio, te odio. Pero es lo que siento y te lo digo a la cara. Cada vez que pones una mano sobre mí, me siento el ser más despreciable de este jodido mundo. No soy capaz de mirarme al espejo –

insistía yo en esa misma idea una y otra vez, aunque, en el fondo, mentía como una bellaca porque me gustaba cada uno de sus polvos.

—No voy a contestarte ahora. Al decirme eso, Ainara, haces que yo me sienta también como un ser despreciable.

Nos llamamos después de esa conversación. La luz del mediodía entraba a raudales por la ventana. Pude ver cómo esa luz iluminaba su torso. Eros era un ser hermoso, bellísimo. Y allí estaba yo lamentando que la vida hubiese sido tan cruel conmigo al darme a un hombre que, físicamente, era un prodigio, pero cuyo corazón estaba envenenado.

Mientras él se vestía, fui al cuarto de baño. Podía haber aprovechado ese momento y haber llamado a la policía, pero el teléfono seguía en el suelo del salón. Algo me tranquilizaba de todo aquello. Si Eros hubiera querido matarme o hacerme daño, lo habría hecho antes, mucho antes, pues ocasiones no le habían faltado. Sin embargo, lo que él quería era estar conmigo, hacerme el amor, sentirme cerca como si fuese su esposa o su novia. Qué extraño resultaba todo esto.

Cuando salí del aseo, él se acercó a darme un beso en los labios, pero yo le hice la cobra. No quise devolvérselo. Quería demostrarle que a mí no me tenía, que no era nada suyo. Él se quedó triste y parado cuando yo le hice

aquello.

Preparé el macuto y salimos de allí. Noté que Eros estaba mucho más tranquilo. No sé si era por lo que me tenía preparado o porque se había salido con la suya. Montamos en su coche y desaparecimos de allí.

—¿Dónde vamos? —pregunté con calma.

—Es una sorpresa, Ainara.

—Estoy harta de tus sorpresas —sentencié.

—Venga, no te pongas así conmigo. Sabes que todo esto que estoy haciendo es por ti —dijo él muy cara dura.

—Pero... ¿tú te estás oyendo? —pregunté con enfado- Secuestrarme lo haces por mí, ¿verdad?

—No quiero que lo veas así —dijo él dolido.

—No puedo verlo de otra forma. Si te soy sincera, estoy cagada de miedo.

—No tienes por qué estarlo.

—No me puedo fiar de ti, Eros. Que te quede claro. No voy a creerme nada de lo que me digas —dije yo con un humor de perros, pero sincerándome al mismo tiempo.

—Por favor, solo te pido una cosa. No tengas miedo de mí. No voy a hacerte nada. Sé que quizá no he hecho bien las cosas contigo a lo largo de estas semanas, pero mi intención nunca ha sido maltratarte o hacer de tu vida un infierno —añadió él con un tono suave.

—Eres un manipulador, lo sé. No me vas a engañar. Lo habrás hecho con otras de la misma forma. No me puedes joder la vida con tanta facilidad.

—Se te va la pinza, Ainara. Es cierto que te están engañado, pero no soy yo.

—¿A qué te refieres? Explícate.

—No es el momento. Todo a su debido tiempo. Estoy conduciendo y me estás alterando por momentos, aunque no te lo creas, Ainara.

—Joder, estoy harta de secretos y mentiras. ¡¡Harta!! —grité y me puse a llorar.

Pude comprobar que Eros tomaba aire y me decía palabras amables para que me tranquilizara. Aquel viaje no se acababa nunca. Estaba harta de mirar por la ventanilla y ver solo carretera y más carretera.

De repente, se escuchaba el mar. Pude ver enseguida su inmensidad azul cuando Eros tomó una carretera secundaria. Aquello pintaba bien, pero debía desconfiar de cada una de sus acciones y de cada una de aquellas frases que soltaba por su boca. Eros era un traficante, alguien muy peligroso que estaba en la cárcel pagando sus fechorías. Él decía que era inocente, pero todo resultaba confuso para mí y ahora tendría que pensar en salir de allí cuanto antes. Tenía que huir de donde me llevara y buscar a la policía para que me diera protección. Solo así aquel tipo se olvidaría de mí y me vería como un enemigo.

Paró el coche y me dijo con tono alegre.

—¿Estás mejor?

—No, Eros. No. Me has sacado de casa a la fuerza – dije yo pegándole un corte de los buenos.

—No me jodas, Ainara. Cuando veas el sitio, me lo agradecerás siempre. Lo tenía todo preparado.

No podía aceptar un no por respuesta – repuso él con el mismo tono alegre del principio, cuando detuvo el coche.

—Eso es lo que te pasa. Que nadie puede decirte que no. Que te has acostumbrado a que todo el mundo te obedezca. Y si me hubiese empeñado en no salir del apartamento, ¿qué habrías hecho?

Sacarme por los pelos – dije yo con intención de herirle.

—Nunca haría algo así, Ainara.

—¿Qué fácil es decir eso ahora que me tienes aquí, a tu lado, una vez que te he obedecido!

—Para ya, por favor. ¡¡Para ya!! Eres una puta ametralladora. Solo sabes tirar por los suelos todo lo que digo y todo lo que hago.

—¡Te lo mereces! ¡Te lo mereces! — repetí con vehemencia.

Entonces, sin que yo lo esperase, sin que yo esperarse aquella reacción, Eros giró la cabeza y me besó.

Ahora me besó en mis labios y pude comprobar que aquel beso estaba cargado de pasión y de nerviosismo al mismo tiempo.

Creo que era la mejor forma que él había encontrado para que yo me callara, para que yo me calmara.

Pero se estaba equivocando. Aquel beso lo agradecí por unos instantes, pensando que el hombre que lo hacía era un hombre sincero, comprometido conmigo, sin nada que esconder, pero enseguida me daba cuenta de que estaba delante de un delincuente. Estaba dejándome seducir por un hombre que podía ser muy peligroso.

Yo no sabía cómo actuar cuando él reaccionaba de esa forma que, por un lado, me hacía sentir sucia, como ya le había dicho, pero, por otro lado, me hacía sentir una mujer afortunada, liberada, como si la tensión sexual que nuestros cuerpos irradiaban fuese lo más importante en mi vida, lo más importante en el mundo.

—¿Estás mejor ahora? —volvió a preguntarme una vez que sus labios se separaron de los míos.

—No estoy mejor. No lo vuelvas a hacer. No vuelvas a hacer eso. No me gusta que me toques —mentí.

—No es cierto. Sé que lo dices para hacerte la dura. Sé que te gusta. Tu cuerpo tiembla de emoción cuando lo hago.

—No me jodas. Me obligas. Me obligas a hacerlo. estás jugando conmigo y con mis sentimientos.

Eres un cabronazo – dije yo dolida y a punto de volver a llorar.

- Dame una oportunidad –me pidió él con el corazón encogido esta vez, como si se hubiese desanimado de repente.

- No me lo puedo creer. No me puedo creer que me pidas eso. ¿Que te dé una oportunidad?

Ahora sí que me dado cuenta de que estás loco.

- ¿Por qué dices eso? Tienes que confiar en mí. Hablaremos ahora después. Tengo cosas que contarte. Y son muy importantes.

- Son mentiras. Estoy deseando saber qué historia te has inventado para follarme otra vez –

ataqué yo de nuevo, dejándolo sin argumentos.

- No voy a discutir, Ainara. No voy a entrar en tus provocaciones. Salgamos. Te encantará este sitio – dijo él con amabilidad, como si fuese un guía turístico.

Bajé del coche tal y como él me había indicado y noté una brisa suave en la cara que agradecí. La temperatura era muy agradable afuera. Estábamos en Novo Sancti Petri. Conocía aquel lugar, pero nunca había estado allí y menos en el hotel al que íbamos.

Estaba impresionada. Eros se lo había currado, pero no iba a caer en su trampa. Aquello no era más que una forma de embaucarme. Mi corazón estaba dividido. Por un lado, había una parte que amaba al Eros romántico y sensible, pero, por otro lado, estaba junto a un hombre que había delinquido, que estaba en la cárcel, que había traficado con droga. Y entonces, al pensar en esto último, me hundía en la miseria. Me sentía el ser más desgraciado del mundo.

Eros sacó su maleta y mi macuto. Llegamos a recepción. Había reservado una suite el muy cabrón.

Subimos por el ascensor en silencio hasta la planta cuarta. Si Eros no fuese un criminal, me lo habría comido a besos en el trayecto hasta nuestra habitación.

Seguíamos en silencio. Me estaba vigilando y yo hacía lo mismo con él. Íbamos a pasar el fin de semana en aquel complejo. Las vistas eran alucinantes una vez que Eros abrió la habitación y yo me asomé al amplio balcón.

—¿Te habrá costado una pasta esta suite, verdad? —pregunté yo con mala sombra.

—Eso no es problema. Todo es poco para ti — dijo él en plan románticón.

—Claro que no es problema. A saber de dónde ha salido el dinero. A saber a cuánta gente has extorsionado para poder coger este dormitorio— volví al ataque.

—Quieres provocarme y no lo vas a conseguir, Ainara. Si quieres seguir en plan borde conmigo, allá tú. Pero no hay motivos para que estés así conmigo, ¿me oyes?

—No quiero escucharte. Quiero estar sola. En esta habitación hay suficiente espacio para que los dos no nos miremos ni nos encontremos. Rezaré para que el domingo llegue lo antes posible.

—Estás más que loca, Ainara. No me puedo creer nada de lo que estoy oyendo. Tengo planes para hacer juntos —dijo él esbozando una sonrisa que me ponía muy nerviosa.

—Olvídate. No voy a ningún sitio con alguien como tú —sentencié.

—Mira, Ainara. Quizá debería haberte contado muchas cosas hace tiempo, pero no quería fastidiar nuestra relación. Ahora me he dado cuenta de que haberme callado ha sido lo peor que he podido hacer para que lo nuestro funcione.

—No sé de qué me hablas, Eros. Cállate ya, por favor. No quiero seguir escuchando nada que salga de tu boca —me mostré reacia cuando él intentó abrirse.

—Está bien. Hagamos una cosa. No me escuches. Vámonos a comer y nos relajamos un poco.

Cocinan unos platos deliciosos en el restaurante del hotel así que vamos a disfrutarlo.

Yo lo miré con una cara de perro porque el tío no se daba cuenta de todo lo que había hecho. Ahora quería irse al restaurante a comer. Como si no hubiese pasado nada entre nosotros. Como si no sintiera que yo estaba dolida, muy dolida. Me quedé quieta durante un instante. Luego lo pensé mejor. Yo estaba hambrienta y seguramente comer algo delicioso me vendría muy bien. No bajaría la guardia. Estaba claro que Eros me quería contar algo muy importante. Yo temía que fuese otra de sus mentiras, otro de sus cuentos chinos que había creado en su imaginación para convencerme de que él era un tipo legal.

Tal y como iba, sin arreglarme apenas, bajé junto a él hasta el restaurante. En ningún momento, le di la mano. En ningún momento le dije nada cariñoso. Ni siquiera le dirigí la palabra. Nos sentamos en una mesa del centro. Debo reconocer que, al igual que la suite, aquel hotel tenía una decoración muy bonita.

Estaba inspirada en temas griegos, sin olvidar los motivos del mar y de la pesca.

Empezamos a comer y sentí que Eros tenía ganas de contarme otra de sus mentiras. A mí no me apetecía escucharlo. Pero, por otro lado, también quería ver qué patraña se había inventado esta vez para querer estar conmigo.

—¿Qué es eso que me tienes que contar? — pregunté seria.

—No puedo contártelo todo, Ainara. Solamente te puedo contar algunas cosas — dijo él con tono misterioso.

—Mira, Eros, ya empiezas mal. Si no me lo puedes contar todo, ¿para qué cojones me dices nada?

—No quiero que te enfades conmigo durante más tiempo. Pero todo está siendo muy complicado para mí.

—Claro, para el señorito está siendo muy difícil, ¿y para mí? ¿Has pensado por todo lo que estoy pasando yo? ¿A qué no? —repuse desafiante.

—Claro que me doy cuenta. Y yo sufro al verte así.

—¿Por eso me follas? —pregunté atacándole a la yugular.

—Yo no estoy hablando de follar y veo que disfrutas, así que no me lo echas tanto en cara —dijo él sonriendo como un pícaro.

—Eres un cerdo. Me voy a levantar de la mesa y me voy a ir —musité yo clavándole los ojos.

—Tranquilízate, por favor, y déjame seguir.

Intenté tranquilizarme y hacer todo lo posible por no analizar cada una de las frases que él me había soltado a lo largo de las últimas horas. Sentía curiosidad por saber qué era eso tan complicado que él todavía no podía decirme.

—No te fíes de tu jefa Cinthia —me soltó de repente.

Casi me atraganto con el marisco.

—¿De qué hablas? —pregunté yo intrigada.

—Tu jefa no es quien parece —dijo con tono de misterio.

—No sé qué tratas de decirme. ¿De qué la conoces? Habla.

—No puedo decirte más, Ainara. Esa mujer es peligrosa.

—¡Vaya novedad! Nos llevamos como el perro y el gato desde hace mucho tiempo.

—Ainara, no te equivoques. No me refiero a nivel profesional. Lo que trato de

decirte es que esa tía está metida en algo gordo. No puedo decirte nada más, vuelvo a repetirte – dijo él con el mismo tono de misterio.

—No me jodas. ¿Y eso justifica que tú me mientas y que esté comiendo delante de un tipo que me amenaza y me secuestra de mi casa?

—No quiero que lo veas así. La cosa no acaba aquí, Ainara.

—Me va a dar un corte de digestión como sigas así, Eros. ¿Qué tratas de decirme ahora? Venga, sorpréndeme.

—Es sobre tu amiga.

—¿Andrea? Lávatelo la boca antes de pronunciar su nombre, cabrón –musité con desprecio.

Cuando escuché que citaba a mi amiga, me puse a la defensiva. No, mejor dicho, estaba dispuesta a arrancarle los ojos a Eros si se atrevía a intimidar a mi amiga. Aquello se estaba pasando de madre. No tenía ni idea de por qué había salido a relucir en la conversación el nombre de mi amiga. Andrea había tratado siempre de protegerme. Ella me había advertido desde el principio de la clase de hombre con la que estaba.

Ahora, en aquel restaurante, Eros se atrevía a decirme algo sobre Andrea. Y tenía pinta de que no iba a ser nada bueno. Yo estaba dispuesto a defenderla hasta la muerte. No iba a permitir que un tipejo le hiciera daño o manchara su nombre. Era una amiga desde la infancia y la quería muchísimo. Para mí Andrea era como una hermana. Quizá nunca debí involucrarla en mis problemas personales. Seguramente, ella había arriesgado mucho al buscar información sobre Eros. Quizá había cruzado una línea roja que no debería haber cruzado. ¿Qué habría sucedido para que aquel traficante hablara sobre ella?

—Eros, cuida cada una de tus palabras al hablar de Andrea. ¿Qué vas a hacerle? Ella está fuera de

todo –dije yo impetuosa.

Algunos comensales empezaban a mirarnos.

—Sé que esto es muy difícil, Ainara. Sé que te estoy poniendo contra las cuerdas. Pero no te fíes de Andrea tampoco, ¿me oyes? — me soltó de repente.

—¿Me estás diciendo que no me fie de mi mejor amiga?

—Eso es lo que trato de decirte.

—Hasta aquí hemos llegado. No voy a escucharte más. Llévame a casa inmediatamente. Ya he jugado demasiado a hacer la imbécil — dije yo arrojando la servilleta sobre la mesa.

—Ainara, por favor. Lo que está pasando es muy grave. Andrea tampoco es lo que parece. Ella sí que te está manipulando.

—Pero, ¿de qué me hablas?

—Lo que escuchas. Tienes que llevar mucho cuidado con las dos. Todo esto se te escapa de las manos.

—No puedo sopórtalo más. Me voy a la habitación. Necesito salir de aquí. Necesito no verte. Si tienes algo de corazón, llévame a casa y desaparece de mi vida de una puta vez —le susurré con lágrimas en los ojos.

Los comensales estaban inquietos a nuestro alrededor. Eros dejó que me fuese y yo salí de allí corriendo.

Supongo que el resto de clientes pensaría que todo formaba parte de una riña de enamorados.

Ahora sí que la había cagado aquel idiota. Estaba dudando de la sinceridad de mi amiga. Me había dicho que Andrea no era la persona que decía ser, al igual que Cinthia. Mi jefa me importaba una mierda. Pero Andrea era quizá la persona más importante de mi vida en estos momentos. No sabía por qué Eros me había dicho eso. Creo que lo que trataba de hacer era anularme y, por esa razón, tenía que hacer todo lo posible para desmoronar el mundo que me rodeaba.

La persona que me apoyaba tenía que desaparecer de mi vida y la mejor forma era que dudara de ella. Lo estaba consiguiendo. Por unos momentos, me creí lo que estaba escuchando de su boca. Ahora que yo había llegado la habitación, sentí el pánico. No sabía dónde demonios estaba, en qué agujero me había metido.

Yo había querido mucho a aquel hombre. Me gustaba tener sexo con él y durante un tiempo lo creí la persona más maravillosa de mi vida. Pero el hecho de saber que él estaba en la cárcel por un delito de drogas hizo que aquella relación ya no tuviera ningún sentido. Ahora ese mismo delincuente que me había dicho que era inocente me decía también que las personas que me rodeaban eran todas unas impostoras.

Lo poco que comí me sentó fatal. Estaba sudando. La ansiedad volvía a poseerme. Me levanté de la amplia cama donde había comenzado a llorar y me fui al cuarto de baño. Necesitaba una ducha. Otra ducha. Sentía que debía quitarme aquella suciedad que volvía a sentir sobre mi piel. El corazón me latía a mil por hora. Creía que me iba a dar un infarto.

Abrí el grifo y me eché agua a la cara. Me miré en el espejo. Mi cara era la cara de un zombi. Me desnudé y me metí en la ducha. Ingenua de mí, confiaba en que aquel mafioso me dejaría de nuevo en casa. No sé cómo podía ser yo tan estúpida. Mientras el agua caía sobre mi cuerpo, traté de olvidarme de mí, de Eros y de todo lo que había sido mi vida hasta ahora, una vida asquerosa donde nada era digno de recordar. Durante un rato largo, sentí que estaba lejos del mundo. Pero aquello duró muy poco. De repente, sentí unas manos en mi cintura. Eros había entrado a la habitación sin que yo me diese cuenta, sin que me hubiese dado tiempo a salir de la ducha y a vestirme. Ahora estaba allí, desnudo, detrás de mí.

Noté enseguida su excitación. Yo no llore. Necesitaba que él hiciera conmigo lo que le apeteciera. Era una forma de autocastigarme. Necesitaba sentirme una víctima. Ahora me daba cuenta de que mi vida no tenía ningún sentido. La confusión era ahora mi presente y mi futuro. Y así no se podía vivir así que me daba igual lo que hiciera aquel tipo conmigo.

Fue de los mejores polvos que había echado yo con Eros. Sí, no lo vais a creer. Pero en aquella actitud de derrota yo encontré también un momento para

el placer. Y Eros en eso era un experto. Aquel delincuente sabía cómo hacerme vibrar, sabía cómo hacer que yo despertara de esa tristeza en la que me había sumido.

Su sexo era único y del bueno. Estaba claro que, entre nosotros, había una química especial. Yo quería rechazarlo. Yo quería escapar de sus garras. Pero no podía. Cuando su miembro me penetraba, yo perdía la cabeza y era otra persona, era otra mujer. Cedía a todos sus deseos y yo sabía cómo hacerle disfrutar también. Éramos otras personas cuando nos decidíamos a follar.

El sexo no acabó en la ducha. Siguió en la cama. No podíamos parar. Yo estaba debatiéndome

continuándome entre desaparecer de allí o quedarme con él para siempre. Y era eso lo que me excitaba aún más.

Eros estaba apostando fuerte por su obsesión. Y esa obsesión era yo. ¿Dónde iba a acabar todo esto, maldita sea?

Varias horas seguidas sin parar. Estaba agotada, pero quería más, mucho más. Necesitaba aquel castigo que me estaba imponiendo. Era un animal salvaje y yo no quería pensar en nada. Solamente quería que Eros me poseyera, me reventara, me hiciera desafiar mis propias fantasías sexuales.

Y lo había logrado. Caímos rendidos en la cama. Al día siguiente, al despertar, lo vi en mitad de la habitación haciendo flexiones. Llevaba unos slips, pero el resto de su cuerpo estaba desnudo. Yo tenía agujetas por todos lados. Se podía escuchar el rumor de las olas desde nuestra habitación. Era maravilloso. Al darse cuenta, de que yo había despertado, se quedó de pie. Dejó de hacer flexiones. Me miró y esbozó una sonrisa.

—¿Cómo estás, princesa?

—Déjame, no me hables —le dije yo antes de que acabara de decir su frase.

—Tengo que pedirte algo.

—No me hables. Llévame a casa, por favor. Necesito salir de aquí — mi voz

sonó a súplica, pero él parecía no darse por enterado.

—Ayer parecía que disfrutaste conmigo. No me lo negarás —dijo él con sorna.

—Vete a la mierda, Eros.

—Escúchame. Tienes que venirte conmigo.

—¿De qué hablas? Joder. Olvídate de mí y de mi mundo. ¿No te das cuenta de que me estás jodiendo la existencia?

Eros se acercó hasta la cama. Olía a sudor y eso me gustaba. Me cogió las manos con dulzura. Las besó y entonces me soltó la bomba.

—Tenemos que salir del país y cuanto antes.

—Pero, ¿estás loco? No puedes hacer eso conmigo.

—Por las buenas o por las malas, Ainara, tienes que venir — dijo él con tono serio y borrando la sonrisa de su rostro.

—No me puedes obligar. Ya he hecho bastante con venir a este hotel. Por favor, déjame, Eros.

Déjame — rompí a llorar.

—No te pongas así. Si en algo me quieres, hazlo por mí. Ayúdame. Tenemos que salir del país. No puedo decirte más.

Se fue de mi lado y siguió haciendo flexiones. Yo estaba desamparada. ¿Sería yo la víctima de una red de prostitución internacional? ¿Había algún tipo de bondad en cada una de las decisiones de Eros?

Quería que lo acompañara al extranjero. Por las buenas o por las malas. No tenía elección. Solo podía gritar y gritar. Pero, por una extraña razón, no lo hice. Me quedé callada en la cama, sin pensar en nada.

CAPÍTULO 7

—¿Tomamos una ducha?

Miré a Eros cuando me preguntó. De pie, empapado en sudor, dejando al descubierto más de lo que debería para mi calenturiento cuerpo...

—¿Ainara? -insistió.

Levanté la mirada de sus abdominales y negué con la cabeza.

—No tengo ganas de moverme -dije en tono cansado.

—Pero tendremos que salir. Nos duchamos y pasamos el día fuera, tengo hambre.

—¿Y no podemos comer aquí? -dije esperezándome. Carraspeé cuando mi mirada volvió a irse donde no debía y volví a mirarlo a los ojos cuando me di cuenta de que volvía a estar excitado.

—Todo tuyo en la ducha -dijo sensualmente.

—Quiero dormir -me quejé, ignorándolo y acomodándome de lado.

—¿Puedo dejarte sola?

Lo maté con la mirada. ¿Pero qué clase de pregunta era esa?

—¿Pero qué crees que voy a hacer? ¿Escaparme? -pregunté con incredulidad.

Escaparme... Mierda, ya la idea fue tomando forma en mi mente. Ya estaba bien de permanecer allí, al lado de este delincuente. Agotada todavía por el día anterior y confusa, muy confusa por todo lo que me había contado, no me había dado tiempo a pensar en un plan para salir de allí cuanto antes. Quizás si él se metía en la ducha, yo tendría unos minutos para salir de allí.

—Conociéndote, nada me extraña. De todas formas, ni lo intentes, no irías muy lejos -se acercó a mí, me dio un beso en los labios y entró en el baño.

Escaparme, escaparme, ... aquella palabra se repetía una y otra vez en mi cabeza.

Cuando escuché cómo abría el grifo de la ducha y cerraba la mampara, me levanté rápidamente de la cama.

Me vestí con lo primero que encontré, me asomé y vi, a través del cristal, cómo se lavaba la cabeza. Esa era mi oportunidad. Agarré mi bolso y abrí la puerta del hotel sin hacer ruido, rezando para que tardara en la ducha y me diera tiempo a llamar a un taxi y alejarme de él.

Abrí el bolso por el camino y busqué el móvil. Maldita sea, me lo había dejado en la habitación. A la mierda, no iba a volver a por él. Lo que tenía que hacer era coger el jodido taxi y buscar a la policía.

Llegué a recepción y sonreí a la chica con cara de muñeca hinchable que había allí. Nunca entendí por qué todas eran iguales, como si hubiera un prototipo para ser recepcionista y tuvieras que parecer una muñeca de silicona. Menos en mi caso, claro, yo era la excepción que cumplía la regla. Debía ser porque trabajaba en una clínica dental o a saber. Bueno, iré al grano, que empiezo a enrollarme en detalles insignificantes.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? -¿Yo también era así de tonta cuando trabajaba?, me pregunté- ¿Señora?

—Señorita -dije peinándome bien con los dedos para parecer algo decente, porque tenía que tener unas pintas... -Perdí el móvil y me gustaría llamar a un taxi. ¿Podría...?

—Sí, claro -sonrió de oreja a oreja-. Si me dice su nombre para que el taxista la identifique.

—Ainara. Lo esperaré fuera y gracias.

—¿Ainara dijo? -preguntó la chica con curiosidad.

—Sí -suspiré, no era momento de ser torpes, que llamara al taxi ya.

—Verá, señora...

—Señorita -la interrumpí de nuevo.

—Señorita -repitió-, es que hay un problema con los taxis en esta zona de Chiclana. Tardará un poco, será mejor que espere aquí.

—Esperaré donde me dé la gana, digo yo. ¿Puede hacer su trabajo y llamarlo? - estaba yo para tener paciencia en ese momento.

—Sí, tranquila, sobre todo no se altere.

¿Pero esa mujer era idiota? La actitud de aquella recepcionista me estaba mosqueando.

—Me voy a alterar, y de verdad, si no haces tu jodido trabajo -dije con voz tenebrosa.

—Señora...

—Señorita, hostias. ¡¿Y quieres llamar al jodido taxi ya?! – elevé el tono de mi voz para que aquella tía despertara de una vez y se pusiera a trabajar.

—¿Taxi para qué? – preguntó como si fuese la primera vez que alguien solicita ese servicio en aquel hotel

Oh, mierda. Eros... Allí estaba. Detrás de mí. Pude notar su aliento en mi nuca.

Me giré e intenté no mostrarme sorprendida cuando lo vi mojado y con la toalla alrededor de su cintura, recién salido de la ducha. Su piel aún humeaba.

—¿A dónde ibas, Ainara?

—¿Yo? A comprarte el desayuno -mentí descaradamente.

—¿En un taxi?

—Sí, es que el café de aquí no me gusta. Además, quería darte una sorpresa y ahora la has jodido –

mentí descaradamente.

—Señor, ¿necesita ayuda...? – preguntó la muñeca de silicona.

Ambos giramos la cabeza cuando la recepcionista habló.

—No, gracias, está todo controlado -él le devolvió la sonrisa.

—¿Y a mí no me pregunta si yo necesito ayuda? -pregunté indignada.

—Oh, no, seño.... Señorita -rectificó-. Sé que la necesita. Sé el estado en el que se encuentra. Tengo

una prima que está en su misma situación -dijo tragando saliva.

—¿Perdón? -mi puño iba a ir a su cara, ¿qué había querido decir con eso?

—Gracias por avisarme -dijo Eros y me agarró del brazo.

—No hay de qué. Voy a ver si sigo haciendo cosas – dijo ella con un tono cómplice.

—¿Avisarte de qué?

—De que mi hermana loca estaba intentando escaparse del hotel -dijo tranquilamente mientras andaba hacia la habitación, con mi brazo agarrado.

—¿Has dicho en el hotel que soy tu hermana loca? -yo necesitaba dormir, no podía haber escuchado eso.

—Sí, sabía que intentarías irte. Tenía que impedirlo de alguna manera, y ponerte un guardaespaldas no habría servido de nada –argumentó él esbozando una tímida sonrisa.

—No me lo puedo creer. Esto es increíble –dije yo enfurruñada.

Aquel tío se estaba descojonando por dentro. Lo había previsto todo el muy cabrón para que yo no pudiera fugarme de allí. Estaba atrapada. Hubo un momento en que casi me da por reírme debido a la ocurrencia que había tenido Eros, pero la cosa no era para reírse. Yo no tenía ninguna posibilidad ahora mismo de deshacerme de aquel mafioso y eso me ponía contra las cuerdas.

—Joder, Eros, ¿cómo se te ocurre hacer una cosa así? Estás mal de la cabeza - y estaba empezando a asustarme de nuevo.

—Un poco sí, he de reconocerlo. Pero tú estás en peligro y, aunque aún no lo entiendes, haré lo que sea por mantenerte a salvo, Ainara. Ya es hora de que lo entiendas.

—No voy a creerte. No voy a entrar en tu juego, Ainara. Sé que todo es mentira. Solo tratas de confundirme, de meterme miedo para que no confíe en las personas que pueden ayudarme – repuse yo con enfado.

—No digas tonterías. Algún día entenderás que todo lo que hago es por ti, solo por ti. Aún no te has dado cuenta de lo que me importas. No soy ningún secuestrador, Ainara –sus palabras sonaban convincentes, pero todo aquello quizá no era más que una forma de engatusarme y de empequeñecerme cada vez más para que no pudiera reaccionar contra él.

Entramos en la habitación, me solté de su agarre y me senté en la cama, aún asombrada de lo que había hecho. Había sido muy inteligente y original al planear la forma para que no me escapase de allí. A mí jamás se me habría ocurrido decir que mi acompañante era un familiar que padecía trastornos mentales.

—Eros, voy a volverme loca, y me estás asustando – le confesé con un tono amargo.

—¿Yo? No sabes lo que es el miedo. No tienes ni idea lo asustado que estoy cada minuto que estamos separados.

—¿De qué hablas? No me jodas. No trates de decirme que te importo. Si fuese así, yo estaría en casa viendo la tele y comiendo pizza – le reproché con toda sinceridad.

—Deja de intentar entender. Confía en mí. Solo te pido eso. Sé que es difícil, pero tienes que hacerlo.

Ahora no podemos retroceder. Ahora solo quedamos tú y yo y lo más importante es que confiemos en nosotros mismos – dijo mirando por la ventana

como si le estuviese dando vueltas a una idea en su cabeza.

Reí con ironía. ¿Confiar en él? ¿Después de todo lo que estaba haciendo? Ni que estuviera loca. De nuevo, la confusión regresó a mi cabeza. No sabía si estaba delante de un monstruo o delante de un héroe que trataba de protegerme de algo de lo que yo no tenía ni la más remota idea.

—He intentado hacer las cosas por las buenas, Ainara y no hay manera de que cooperes. Se acabó, a partir de ahora se harán las cosas a mi manera.

Aquellas palabras sonaron a amenaza y eso no me gustó en absoluto. Allí estaba él, envuelto en aquella toalla, escondiendo su bien máspreciado que, en otra situación, estaría devorando cual leona hambrienta.

Pero no era el momento, aunque he de confesar que nunca era el momento y nos hinchábamos a follar.

—Como si no hubiera sido así. Como si yo nunca hubiese hecho las cosas a tu manera. No he hecho otra cosa desde que empezó toda esta mierda -dije amargamente.

—No, no lo has hecho. Pero lo harás. A partir de este momento, las cosas van a cambiar. Se acabaron los juegos, nos vamos del país. Ahora —sentenció mientras me miraba fijamente a los ojos y se quitaba la toalla, quedándose completamente desnudo ante mí.

Volvía a darme cuenta de que estaba ante un portento de la Naturaleza. Se escuchaban las olas desde la habitación y la luz de la mañana, una luz blanca, inundaba toda la habitación. Su cuerpo destacaba en aquella claridad y me daba cuenta de su belleza, de la suerte que había tenido al estar con él si no

hubiese sido un jodido traficante.

Cogió las maletas y las abrió. Me quedé mirándolo pensando que todo era una pesadilla. Yo estaba alucinando, seguro que andaba drogada y tenía alucinaciones porque nada de lo que estaba viviendo los últimos días era normal. No recordaba ni una sola película de las muchas que había visto en las que sucediera algo parecido a lo que me estaba ocurriendo.

No podía obligarme a salir del país, eso era secuestro. Porque yo no quería ir con él, no confiaba en él, no...

CAPÍTULO 8

Joder, joder, joder

Todo aquello iba en serio, muy en serio. El tipo había enloquecido. Quería que lo acompañase al extranjero.

Cualquier persona racional había hecho todo lo posible por huir, por gritar, por patear. Se habría tirado por la ventana si hubiese hecho falta. Pero yo me quedé allí, callada, sin saber cómo actuar. Él lo tenía muy decidido.

No sé cómo explicarlo. Había en las palabras de Eros algo de autenticidad. Por un momento, creí en lo que estaba diciendo. Aunque apenas me había dicho nada de los motivos que nos obligaban a huir de España, yo sentía que tenía que estar a su lado. Extrañamente, sentía que debía acompañarlo.

Eso sí, me mantendría alerta en todo momento. Ya aprovecharía cualquier otra oportunidad para escapar.

Lo tenía muy claro. Sin embargo, tanto misterio y tantos secretos me hacían sentir confusa, como si hubiese empezado a dudar de todo lo que me rodeaba. Quizás él tenía razón y mi vida en el mundo real era puro engaño.

Eros me había dicho que no confiase en mi amiga Andrea y que Cinthia no era trigo limpio.

Mi corazón me empujaba a que lo obedeciera, pero mi cabeza me decía que todo aquello no era más que una trampa por parte de Eros. Este tío me iba a convertir en una prostituta de lujo o algo así y nadie me encontraría cuando estuviese metida en una de esas redes criminales a nivel internacional.

Me puse a llorar de repente. Eros se percató de mi estado y dejó todo lo que estaba haciendo para acercarse hasta mí y abrazarme.

—Déjame, por favor. Has convertido mi vida en un infierno — dije yo más que dolida.

—Yo no he sido el responsable. Ya te darás cuenta.

—No entiendo tantos secretos – repuse mirándole a los ojos con enfado en ese instante.

—Todo esto se te escapa, Ainara. Entiéndelo. En pocos días, ya no habrá ningún misterio para ti.

Solo te pido que confíes en mí. No sé cómo decírtelo ya – comentó él con tono triste.

—Joder, entiéndeme tú a mí. Me pides que abandone este país. Que lo deje todo para acompañarte –

musité yo dejándome abrazar solo en ese momento.

Agaché la cabeza y recogí mis cosas. A los pocos minutos, abandonamos la habitación. Cuando llegamos al vestíbulo, pude ver a la recepcionista que me miraba con ternura. Aquella muñeca de silicona estaba convencida de que yo era una loca. La madre que parió al Eros. Montamos en su coche. No nos dijimos nada durante esos minutos. Yo me hundí en el sillón del copiloto como si quisiera desaparecer del mundo.

Podía escuchar las olas. El mar siempre me había parecido algo fantástico, un símbolo de libertad, de esa libertad que ahora yo no tenía.

Eros pisó el acelerador y el vehículo enseguida tomó la autopista en dirección a Madrid.

—¿Adónde vamos? – pregunté asustada.

—Aún no puedo decírtelo. Por ahora vamos en dirección a la capital – contestó con tono serio.

—No me jodas. No me jodas – repetí tragando saliva y mirando fijamente a la carretera.

El mar desaparecía a lo lejos. Ya no se escuchaban las olas.

—¿Puedo preguntarte algo? – pregunté con temor.

—Dime, cariño – contestó Eros tan ricamente.

—Ni cariño ni hostias. Dime si eres un asesino. Dime si eres un psicópata.
¿Vas a matarme, verdad?

– comenté muy seria.

—Sí, claro. Yo soy como Hannibal Lecter, el personaje de El silencio de los corderos. De hecho, llevo dos cadáveres en el maletero, envueltos en plástico
– dijo él irónicamente.

—¿Hablas en serio?

—Ainara, ¿tú eres tonta o te lo haces? No voy a hacerte daño – dijo él con seriedad.

Después de aquella conversación absurda, volví a callarme. El coche aceleraba. De vez en cuando, yo miraba a Eros y sentía que estaba muy concentrado en la conducción. No tenía ni idea de qué iba todo aquello, pero no me quedaba otra que dejarme llevar. Para colmo, en mitad de aquella tensión, el tío puso música. Yo no tenía ganas ninguna de escuchar canciones de amor, pero él parecía encantado. Cuando pasaron tres horas, Eros decidió parar en una gasolinera donde había una cafetería.

Podríamos tomarnos algo allí y estirar las piernas.

—Vamos a parar. No intentes nada, por favor. Lo joderías todo – me dijo con cierto tono amargo.

—No puedo asimilar todo lo que me está pasando. No te prometo nada – mis palabras sonaron a amenaza.

—El viaje va a ser largo, Ainara. Me temo que va a ser muy largo. Debemos comer y tomar algo de café, ¿me entiendes? Nos queda muy poco para llegar a Madrid, pero luego hay que seguir mucho más. Solo te pido que sigas haciéndolo como lo estás haciendo hasta ahora – dijo él intentando transmitirme confianza.

Yo me callé y no dije nada. Pudo ver en mis ojos que yo acataría sus órdenes. Bajé del vehículo y temblé.

No sé si era el miedo o el frío que hacía en aquel sitio. Tenía la oportunidad de escapar. En la cafetería, había bastante gente. Allí podría gritar y seguramente la Policía o la Guardia Civil no tardarían en acudir.

Pero no iba a hacerlo.

De nuevo, un impulso, nada racional, me decía que siguiera junto a Eros. Aquel impulso no tenía nada que ver con nuestra atracción sexual, sino con algo mucho más profundo, con los sentimientos. Nos sentamos junto a la ventana y yo pedí un sándwich y un café. El pidió lo mismo. Comimos en silencio.

Noté que Eros no estaba tranquilo. Miraba continuamente a su alrededor como si esperara que alguien le sorprendiera por la espalda para hacerle daño. Cada bocado que yo daba al maldito sándwich me sabía a puro veneno.

El café me sentó mucho mejor. Estaba atardeciendo. Eros pagó con un billete de 10 € y no cogió las

vueltas. El camarero nos dio las gracias y desaparecimos de allí, sin hablarnos, sin mirarnos a los ojos.

Parecíamos dos desconocidos. Yo hice todo lo que él me dijo antes de bajar del coche. No intenté escaparme ni monté ni ningún numerito. Parecía contento de que yo hubiese actuado de esa manera.

No había demasiado tráfico en la autopista para ser domingo por la tarde. Cogí mi móvil para comprobar si alguien me había llamado. Eros no tardó ni un solo segundo en reaccionar.

—Parte el móvil y tíralo por la ventana.

—Pero ... ¿qué dices? — pregunté con estupor.

—No te va a hacer falta a partir de ahora. Confía en mí, te he dicho — dijo él

con voz áspera.

—Si rompo mi móvil, Eros, nadie sabrá dónde estoy. No podré localizar a nadie. No podré hablar con mis amigos ni con mi familia. Tengo que comunicar en el trabajo que no voy a ir mañana – le expliqué atemorizada.

—No vas a volver a ese trabajo, Ainara.

—No me jodas otra vez, Eros. ¿Qué significa eso?

—Debes olvidarte de todo. Toda tu vida a partir de ahora va a ser muy diferente a mi lado – dijo él pausadamente y sin dejar de mirar a la carretera.

—Me vas a prostituir. ¿Es lo que quieres decirme, verdad?

—Yo no haría eso contigo, ¿me oyes? Entérate de una vez. Me gustas mucho, Ainara. Me gustas mucho – dijo él en plan románticón.

—Lo que quieres es follarme otra vez y luego venderme – elevé la voz, poniéndome a la defensiva.

—Por favor, rompe el móvil y tíralo. Si no lo haces, lo haré yo. Estoy harto de tantas mañacadas –

sentenció.

Sin pensármelo dos veces, obedecí ciegamente. Dios mío, ¿cómo podía ser tan estúpida? ¿Cómo podía dejarme llevar por aquel hombre? Todo lo que me ordenaba yo lo hacía como si me hubiese convertido en un robot.

Le quité la funda al móvil. Saqué la tarjeta y luego comencé a golpear el móvil contra el salpicadero. Lo hice como una posesa. Eros se asustó al principio, pero luego le dio por reírse. Necesitaba desahogarme y aquellos golpes me estaban ayudando a relajarme.

Luego, Eros abrió la ventanilla y, con lágrimas en los ojos, arrojé a la carretera lo que quedaba del teléfono.

Volví a hundirme en el sofá.

—Deberías dormir un poco, Ainara – dijo él con voz suave.

—No puedo dormir. La ansiedad me está matando. Ponte en mi lugar, joder.

—Lo siento. Al menos, cierra los ojos y escucha la música. Te relajarás – dijo él como si fuese un psicólogo.

—No quiero relajarme. No quiero. Estoy harta de tus comentarios. Si quieres que me relaje, cierra la boca hasta que acabe esta pesadilla – apunté yo con rabia.

Eros se calló y volvió a poner los ojos en la carretera.

De repente, sonó su móvil. Lo sacó de su bolsillo y pude escuchar que decía “sí” a todo. Su cara era la cara de un hombre serio y que piensa al mismo tiempo que escucha. Yo estaba muy intrigada. Colgó y pude ver una tibia sonrisa en sus labios.

—Vamos a la frontera con Francia – dijo él feliz.

—¿A Francia? Pero... ¿y yo? ¿Qué va a pasar conmigo? ¿Con mi familia? ¿Con mi trabajo? ¿Con mis amigos? – pregunté yo con un nudo en la garganta, más que desesperada.

—Ya te he dicho que te olvides de todo. Tienes que borrar de tu cabeza todo lo que te ha pasado estos últimos años. Pero, como ya te dije, ahora no es momento para explicaciones.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Cuándo? – grité y grité.

—Tranquilízate o nos estrellaremos. ¡¡Tranquilízate!! – Eros gritó con más fuerza que yo.

Me callé y miré a la carretera. Estaba oscureciendo. Cerré los ojos y conté hasta diez, respirando profundamente. Y me dormí. El cansancio me pudo. Al cabo de unas horas, desperté. Eros seguía al volante.

—¿Cómo estás, dormilona? – preguntó con voz simpática.

—Estoy bien. ¿Dónde estamos?

—Vamos a llegar a un punto donde me esperan. No te preocupes. Todo está saliendo tal y como lo tenía planeado. Estamos en Lérida – dijo él sin mirarme a los ojos.

—¿Es el punto de intercambio, verdad?

—¿Qué punto de intercambio? – preguntó él mosqueado.

—Donde me vas a entregar a cambio de un maletín de dinero.

—Ainara, deja de ver películas de espías. Te están afectando, ¿sabes? – me dijo como si le hubiesen dolido aquellas palabras.

De repente, el coche giró. Se salió de la autopista y cogió la Nacional. No recuerdo qué carretera era exactamente. Solo sé que, después de media hora, el coche se detuvo en una cuneta. Había otro coche frente a nosotros.

—No te muevas de aquí. Vuelvo enseguida – me ordenó.

—Está bien. Pero no tardes. No me gusta este sitio, Eros.

Dos tipos actos bajaron de aquel vehículo. Eros estuvo hablando con ellos un buen rato. Pude ver que aquellos dos hombres le entregaban unos documentos. Vestían con gabardina. Enseguida se subieron a su

coche y se marcharon de allí. Eros volvió a mi lado. Parecía tranquilo, como si la cosa hubiese salido bien.

—Ainara, ahora tenemos otra identidad. Otros nombres. Ahora estamos más protegidos para lo que pudiera pasar.

—Me vas a volver loca, joder. ¿De qué cojones va todo esto? Dime – le pedí explicaciones con determinación.

—Calla. Ahora, en breve, cruzaremos la frontera y nos instalaremos en un sitio. Deja de hacerte preguntas. Por mucho que te explique ahora, no serviría de nada. Yo pondría en peligro todo.

—Eros, no me jodas. ¿Qué significa “todo”? Vas a hacer que me dé un infarto. Desde hace días, no sé de qué va toda esta puta broma —dije yo ofendida y cabreada con el mundo.

Pero el tipo no me contestó. Siguió a lo suyo. Arrancó el coche de nuevo y, a las pocas horas, llegamos a una cabaña cerca de Béziers. Ni me había dado cuenta de qué habíamos cruzado la frontera y que ya estábamos en Francia. No sé por qué carreteras había conducido Eros.

Dimos con un paraje perdido en un bosque. Estaba a punto de amanecer. A esa hora debería estar yo preparándome para ir al trabajo y ahora me encontraba metida en una aventura de la que no tenía ni idea de cómo demonios iba a salir.

—Mira, Ainara. Límitate a no molestar y a hacer caso en todo lo que te digan — me dijo Eros con toda su cara antes de bajar del coche.

—Es lo que llevo haciendo todo el día — le dije con descaro.

Todo aquello era demasiado extraño. Sentí más miedo que nunca, como si, al hacer caso a cada una de las indicaciones de Eros, me estuviese metiendo en la boca del lobo.

No sabía qué hora era. Estaba completamente perdida. Caminé al lado de él hasta entrar en la casa. Un guarda estaba en la puerta vigilando. Todo tenía una pinta muy misteriosa. Estaba más que acojonada. La niebla rodeaba todo aquel lugar.

Cuando entramos, una mujer mayor que yo me atendió enseguida. Me dio ropa de abrigo y me condujo a una habitación. Me ordenó que esperarse allí hasta que me dieran nuevas indicaciones. Eros me transmitió tranquilidad y serenidad con su mirada. Él parecía conocer aquel sitio. Enseguida llegaron

unos hombres a conversar con él.

Tengo que confesar que me tranquilicé un poco. Aquel sitio no tenía pinta de ser un lugar de malhechores.

No daba la impresión de ser un escondite de criminales.

Comprobé que todas las personas que estaban allí parecían interesadas en conseguir un objetivo. Vestían con ropa informal y se mostraron siempre muy correctos y educados conmigo.

Me dieron una taza de café y, en la habitación en la que yo estaba, había una cama. Me eché durante un rato. Pude escuchar voces y ajetreo al otro lado de la puerta que estaba abierta. De vez en cuando, podía ver a Eros leyendo documentos, escribiendo sobre una mesa y consultando detalles sobre algún asunto que a mí se me escapaba.

No me miraba.

¿Dónde estaba yo? ¿Quién era toda aquella gente? ¿Por qué Eros me había llevado hasta allí?

Pasamos la noche en ese lugar y al despertar vi que aparcaban un coche de alta gama y se llevaban el de Eros.

—Eros se llevan tu coche — dije en voz flojita asustada.

—Si, se lo llevan para España, no podemos dejar rastro por ahora, nos moveremos en ese BMW

—Necesito hablar con mi familia...

—Lo harás, en el trabajo ya saben que no irás, han mandado un email comunicando que dejas la empresa por motivos personales, ya que no aguantas la aptitud de uno de tus jefes, en tu caso con Cinthia.

—¿En serio? ¿Quién te dio permiso? ¡Esto es de locos!

—Lo es, pero es lo que tiene estar metidos en algo que no nos pertenece, tanto tú, como yo...

Desayunamos, luego nos fuimos directos dirección a Bruselas, es lo único que sabía que teníamos que conseguir llegar allí, me dio mis documentos para que me estudiase todo lo que ponía en él, nuevo nombre, apellidos, dirección,

número de identidad, de locos, una cosa de locos y lo peor que yo estaba allí permitiendo todo eso...

CAPÍTULO 9

Me quedé inmóvil, casi llegando a Bruselas había un control policial y nos indicaron que nos echásemos a un lado.

—Eros, tengo miedo...

—No hables, ahora mismo déjame a mí, no pasará nada, el coche y todo está registrado a mi nueva identidad.

Eso hice, callarme, no me quedaba otra, la policía le requirió su documentación y la del vehículo y rápidamente nos dijeron que siguiéramos.

—Eros. ¿Te puedo preguntar algo?

—Dime, Ainara.

—Si te quedaba poquísimos por salir en total libertad, ¿qué haces huyendo?

—Terminar de arreglar todo...

—¿Así, de esta forma, crees que lo estás haciendo?

—Sí, te pido que confíes en mí.

v¿Y qué es de tu mujer y los hijos que dejaste en Sevilla? – pregunté explotando por esa incertidumbre.

—No he estado nunca casado, menos aún tuve hijos, eso era parte de todo esto...

—¡No entiendo nada! – dije preocupada.

—Lo entenderás un día, créeme que lo harás.

—Te juro que dejé de hacerlo, pero hay algo que me dice que todo tiene una explicación, espero no haberla cagado.

—No lo has hecho, es lo mejor que has podido hacer, venirte a mi lado.

—Yo siempre he creído en mi amiga – dije comenzando a llorar.

—Ya, muy lista ella...

—¡No la conoces, Eros!

—Mejor que tú – dijo de forma segura.

—¿Y a Cinthia?

—Y a Cinthia... ¿Cómo conseguiste el empleo?

—Gracias a mi amiga...

—Ya... lo consiguió para ti, pero qué acto más bonito, te dejó un empleo mejor del que tú tienes, qué acto de amor...

—¡No te entiendo!

—Sí, claro, normal, jamás te paraste en pensar las cosas.

—Ella me quiere como a una hermana.

—Más que a una hermana, hacer algo así... – soltó con ironía.

Tras varias paradas y muchos kilómetros, llegamos a Bélgica, a una preciosa finca a las afueras de Bruselas, la casa era espectacular, había una chica del servicio muy atenta a todo, a que no nos faltara de nada, pero a la vez muy reservada y escueta.

Era tarde, tomamos una cena rápida y nos fuimos a la habitación.

Me quedé mirando a la nada mientras mi mente hervía en dudas. Después de todo lo que había pasado los últimos días, ya no tenía fuerzas ni para pensar.

A veces me enfadaba conmigo misma, diciéndome que tenía que confiar en mí, o regañándome por no hacerlo. Era esa pequeña parte de mí que confiaba ciegamente en él. Estúpido, ¿verdad?

Pero sus acciones, los hechos, lo que sabía... simplemente todo estaba en su contra.

¿Entonces por qué seguía esa chispa de esperanza? ¿De creer que, a lo mejor, él estaba siendo sincero?

Si era así, todo eso era peor que una película: drogas, injusticias, mentiras, traiciones...

—¿En qué piensas?

Cerré los ojos un segundo antes de mirar a los suyos.

—En nada -suspiré.

—Ainara, no deberías pensar tanto.

—¿De verdad me estás diciendo eso? ¿Tengo que recordarte dónde estamos y todo lo de los últimos días?

—No, lo sé muy bien -suspiró y se sentó a mi lado, en el mismo sofá que había en la habitación-.

Pero todo sería más fácil si confiaras en mí.

—¿Cómo hacerlo si no me cuentas las cosas? Cuando lo único que haces es pedir o exigir confianza y hacer todo como te da la gana, quiera yo o no.

—No te tengo amordazada.

—A veces no es necesario - ¿Pero es que él no veía las cosas?- ¿Cuándo va a acabar todo esto?

—No lo sé, espero que pronto. Solo confía en mí -cogió mi mano y la acarició con sus dedos.

—No puedo, Eros, no puedo hacerlo -dije con tristeza.

—Lo hagas o no, no te irás de mi lado. No permitiré que te pase nada.

—Lo único que me puede pasar es que yo viva mi vida, como siempre, lejos de ti, y que olvide toda esta locura.

—A mí no podrías olvidarme -dijo con seguridad en la voz.

Ni contesté. ¿Para qué? Sabía que eso era cierto. Eros siempre estaría presente en mí.

Apoyé la cabeza en el respaldar del sofá. Eros cogió mi cara entre sus manos y me hizo mirarlo de nuevo.

—Ainara, yo te quiero, todo esto es por ti.

—No -negué con la cabeza, ignorando lo que ese “te quiero” había provocado en mí-. Todo es por tu orgullo.

—Quiero que seas feliz.

—Entonces déjame, déjame olvidar. Terminemos con esto.

—Lo nuestro no va a acabar -joder, a cabezota no lo ganaba nadie-. Dime que no me quieres.

Tenía que hacerlo, era la única manera de que terminara con toda esa tontería. Abrí la boca para pronunciar esas palabras, pero ningún sonido salía. El único culpable era él, no podía concentrarme con sus caricias.

- Me deseas -sonrió satisfecho-, y, aunque no lo creas, confías en mí.

Mierda, ¿eso era verdad? No, no lo hacía...

Su boca bajó lentamente hasta pegarse a la mía, dándome suaves besos, provocándome. Sabía qué quería hacer y yo era idiota porque iba a volver a caer.

—Eros... -intenté separarme, pero no me lo permitió.

—Me deseas -volvió a decir-, como yo a ti.

Atacó mi boca con dureza, dejando saber que él tenía razón y que podía hacer con mi cuerpo lo que quisiera. No servía de nada que mentalmente quisiera luchar contra el deseo, ya mi cuerpo estaba rendido a él.

Acabamos tumbándonos en el sofá, su cuerpo sobre el mío, sus caderas moviéndose, clavándome su erección donde ya lo necesitaba desesperadamente.

√Te odio por esto -me quejé cuando dejó mis pechos al descubierto y los lamió.

Se rio roncamente y volvió a lamerlos, mordiéndolos y haciéndome gemir.

La ropa tardó poco en desaparecer y gemí ante el contacto de su piel con la mía.

—Dámelo ya -dije desesperada, moviendo mis caderas, intentando que me penetrara.

Colocó las manos a ambos lados de mi cara y me miró intensamente.

—Lo nuestro no va a terminar -dijo antes de entrar en mí con fuerza.

Grité ante la invasión y toda lógica escapó de mi mente. Ya no podía responderle, ya no podía pensar.

Solo necesitaba...

Clavé las uñas en su trasero, apretándolo, pidiéndole más.

—Eros... -supliqué.

Aceleró el ritmo y su boca volvió a la mía, mordí su labio cuando mi cuerpo tembló y un sonido desgarrador salió de mi garganta cuando alcancé el orgasmo, provocando el suyo.

Cayó sobre mí y cogió aire profundamente.

—Ainara... -suspiró.

—No -lo corté, no quería escuchar nada en ese momento.

Lo empujé suavemente y se levantó. Me incorporé, cogí mi ropa y entré en el baño, maldiciéndome por no ser capaz de rechazarlo.

Me miré al espejo y una lágrima cayó por mi mejilla.

¿Cómo iba a acabar todo aquello?

CAPÍTULO 10

Desperté con una resaca emocional muy fuerte.

— ¿Adónde vas?

Resoplé cuando Eros me agarró por la cintura y me pegó a su cuerpo.

—Al baño, Eros. ¿Puedo?

—No -apretó el agarre y noté su erección clavada en mi trasero.

—Necesito ir -me quejé, removiéndome entre sus brazos.

—Yo te necesito a ti ahora -besó mi cuello y movió sus caderas.

Puse los ojos en blanco.

—Pues te esperas a que vuelva.

—No -me hizo moverme y ponerme boca arriba, se sentó sobre mis caderas y me miró con sus ojos somnolientos y mi yo idiota casi se derrite-. Yo te necesito ahora.

—Eros, solo dame un minuto.

—Eso es lo único que yo necesito.

—¿Para?

No necesitó responderme, ya se había movido y tenía la cara entre mis piernas.

—Ahora no -me quejé.

Pero su lengua ya jugaba conmigo y lo único que pude hacer fue agarrarme a su pelo y acercar mis caderas más a él, desesperada por su boca. Era increíble cómo conseguía que perdiera la capacidad de

razonar en segundos.

Su lengua jugando con mi clítoris, mordiéndolo suavemente, dos de sus dedos dentro de mí. Mis piernas temblaban y solo podía gemir.

—No pares -gruñí cuando sacó los dedos y su cabeza de entre mis piernas.

—Así no -dijo antes de tumbarse sobre mi cuerpo y penetrarme.

Arqueé mi cuerpo y dejé que el orgasmo tomara el control, sin fuerzas.

Él comenzó a moverse con rapidez, fuerte, mientras decía mi nombre una y otra vez. Hasta que se vació por completo, con todo su cuerpo en tensión.

—Joder... -resoplé.

—Ahora sí puedes levantarte -dijo el muy cínico.

Le di con el cojín en la cara y me levanté enfadada. Ese hombre, por una cosa o por otra, acabaría conmigo.

Pensar que me estaba dejando arrastrar sin saber qué iba a pasar, me causaba una sensación extraña, pero ahí estaba, desayunando en ese lugar de Bélgica, acompañando a un prófugo de la justicia, dejando toda una vida por la que había luchado.

El desayuno era espectacular, la desconocida que llevaba esa casa era impecable, empecé a tomar el café y a ingerir todos los alimentos que nos había puesto sobre la mesa, aquello parecía un buffet de hotel.

—Eros. ¿Y ahora qué?

—Ahora nos vamos para Holanda, dentro de dos días, allí nos quedaremos hasta que todo termine.

—¿Terminar qué? ¿De cuánto tiempo hablamos? ¿De qué vamos a vivir? ¿Qué pasará con mi familia?

—Ya, Ainara, no te compliques más la vida, no te hagas tantas preguntas, lo tengo todo controlado y tus padres están al tanto de todo.

—¿¿¿Mis padres??? ¿¿¿De qué coño estás hablando???

—Alguien muy respetable fue a hablar con ellos, tranquila que están bien, lo han entendido todo y van a estar al tanto de cómo estás, era necesario para que no metieran la pata si iban a preguntarles por ti.

—¡¡¡Me estoy volviendo loca!!!

—Lo sé, pero créeme que saldremos de esta bien.

—Me voy con un traficante prófugo y me dices que todo está bien. ¡No puedo creerlo!

—Ni soy traficante, ni estoy prófugo...

—¡¡¡Estabas en la cárcel!!! ¿Cómo me dices que no estás prófugo? ¿Cómo quieres que me coma eso?

Cambiamos de identidad, me sacas de mi vida y mi trabajo, me haces que desconfíe de mi mejor amiga y me dices que todo está bien y que no eres quien se supone que eras... ¡Quiero saber todo!

En ese momento apareció un coche de lujo en el jardín, miré a Eros y me hizo un gesto de que tranquila, pero al ver a los dos tipos bajarse, me quedé muerta.

—Eros no, no... ¡Es Daniel! ¿¿¿Qué pinta en esto??? — no me podía creer que estuviera aquel chico de aquella noche en la discoteca, ese que se iba matando con Eros.

—Él es parte de todo esto, esa noche tuvimos que montar la película para tenerte controlada, empezarás a entender todo.

—¡Maldita seas! ¡Quiero entender ya! — dije mientras aparecían en la cocina Daniel y otro chico muy elegante.

—Hola, Ainara, siento que estés pasando por todo esto — dijo Daniel acercándose a darme dos besos.

—Él es Martín — dijo Eros levantándose-. Jefe de la Interpol de Bélgica.

—¿¿¿Cómo??? — negué con la cabeza, tapándome la cara con las dos manos.

—Hola, Ainara, confía en nosotros — dijo Martín.

—¿Me tengo que tragar que eres de la Interpol? — respondí a Martín en plan borde.

—Es muy fácil de demostrar, solo tengo que enseñarte varias cosas en internet.

—¿Y Daniel qué es, de los GEOS? — pregunté bordemente.

—No, es compañero de Daniel...

—¿Otro compi de la cárcel? Mira qué bien, debe estar la policía española como locos buscando a estos dos personajes.

—No, no son compañeros de cárcel, lo son de la policía secreta antidrogas... - dijo muy seriamente.

—¿Secreta? ¿Policía? ¡Esto es increíble! Cada vez te creo menos, Eros, si en algún momento comencé a dudar y a creer que podía haber algo de razón para todo, ahora pienso que sois una panda de delincuentes de mucho cuidado — dije levantándome de la mesa.

Eros me agarró del brazo.

—No, Ainara, te está diciendo la verdad, no estoy huyendo de la policía...

—Lo de Daniel es muy fuerte, me dejaste que me liara con ese, todo por un complot, debo irme a España ya, quiero irme a mi casa, volver con mi familia, mi vida, todo aquello que tú me has arrebatado – dije mientras comenzaba a llorar de la impotencia.

—¡Escúchame! – gritó enfadado esta vez – Todo lo que llevas escuchando desde que ellos entraron, es la pura verdad. No soy ningún traficante, me he tenido que infiltrar para desmantelar una banda muy cercana a tu amiga Andrea, al hermano y a sus amigos, ella sabía todo, te ha engañado, lo de echarme el muerto a mí en lo de Marruecos es verdad, pero nos interesaba que así fuera, teníamos que ver hasta dónde llegaban, con quiénes se movían, cómo lo hacían.

—Y por amor a tu trabajo te has comido años de cárcel y has seguido durmiendo allí en lo que se supone que es tu tercer grado, ¿no? – pregunté con ironía.

—Claro, cuando entré en la cárcel todo era con el plan, pero tranquila, entraba por una puerta y salía por otra, allí solo estaba buscando información, me dejaba ver en algunas horas y desaparecía en otras, incluso hacían como que me cambiaban de módulo o me mandaban a aislamiento, haciendo creer que me había metido en un follón. En el tercer grado, iba fichaba y me volvía a ir por otra puerta, trabajaba en Jerez por las noches, en una casa que la secreta tenemos para ello.

—Estoy flipando, no me creo nada. ¿Es una broma?

—No es ninguna broma, pero cuando tu amiga investigó que estabas con la persona que podía joder a

su hermano y a todos... quiso quitarte de en medio, Cinthia también tiene algo que ver y en esa clínica hay mucho... es una tapadera.

—No, Eros, no, estás quedándote conmigo. ¿Verdad?

—No, Ainara, no nos estamos quedando contigo, ahora iban a por ti, tenemos conversaciones y quiero que las escuches – dijo Martín poniendo su móvil sobre la mesa.

No podía creer lo que estaba escuchando, cómo se burlaban Andrea y Cinthia de mí, cómo hablaban sobre el incordio que yo era ahora, cómo me engañaba haciéndome creer que llegaba a lo justo a final de mes, cómo era todo una mentira que había rondado mi vida, una molestia a partir de que me tropecé con Eros. No dejaba de llorar, salí afuera a fumar un cigarro.

Eros apareció minutos después, lo miré....

—¿Pero de que huimos exactamente, Eros?

—Se ha descubierto que estoy colaborando con la policía en busca de pruebas, no saben exactamente que soy uno de ellos, pero estaban preparando algo gordo contra ti y, sobre todo, contra mí, están a punto de ser juzgados por todas las pruebas que hemos conseguido, pero no puedo poner tu vida en peligro ahora, mientras esto termina, están haciendo creer que soy un prófugo.

—¿Y por qué hemos tenido que cambiar de identidad?

—Por ellos, nos están buscando, pero es bueno también, nuestros compañeros están detrás de todos ellos. Créeme, vamos a salir de esta. Nos vamos para Holanda, tengo que estar un tiempo colaborando con ellos mientras todo esto se disuelve, allí estaremos protegidos, una vez que todo esto pase, te prometo que volveremos a España, quiero estar siempre a tu lado, Ainara.

En esos momentos creí que se me caía el mundo encima, pero empezaba a creerlo de verdad, empezaba a sentir que todo aquello sería el principio de algo bonito... al menos eso quería creer.

Continuará...